

«Fresca, romántica, sexy, divertida»

Lorena Luna blog "un lugar mágico"

«Una atractiva chispa en la romántica»

Elena Presedo blog "la estación de las letras"

«Divertida y sexy... una gran historia de amor»

Claudia Pazos blog "libros de romántica"

Quédate
esta noche...



...y todas las demás

OLGA SALAR

libros
Kiwi
ebooks

RESEÑA

Dafne es una mujer de éxito, fantástica en su trabajo como fotógrafa de moda. El problema es que es un desastre en la vida real, propensa a los accidentes y con un nulo sentido de las orientaciones, su vida transcurre entre percances domésticos y cuartos oscuros de revelado.

El único instante en que todo su cuerpo coordina a la perfección es cuando mira a través de la lente de su cámara. No obstante, su vida dará un giro cuando su habitual rescatador, el atractivo policía de la puerta de al lado, le pida que le ayude en un asunto delicado.

El regreso inesperado de su hermano Chloe, y los mordaces comentarios de su amigo Pablo, volverán patas arriba su tan valorada tranquilidad.

Olga Salar

QUÉDATE ESTA NOCHE

*Para Aitana e Iván, mis todo.
Y con cariño para Elena, gracias por creer en mí.*

Prólogo

Principios de junio 2012

Diego estaba agotado, había pasado los últimos dos días trabajando en el turno de noche y aunque no había sucedido nada importante habían tenido que salir de comisaría en varias ocasiones y, entre el trajín de atender varias llamadas y patrullar la zona, no había tenido un solo momento de paz.

Así que en lo único en lo que pensaba mientras conducía camino a casa, a las seis y media de la madrugada, era en darse una ducha, meterse en la cama y dormir dos días seguidos, quizás tres. Ni siquiera pensaba dedicarle un minuto a su estómago y desayunar antes de dejarse caer derrotado por el sueño. Solo podía imaginarse bajo las frescas sábanas de su dormitorio, con las persianas hasta abajo y las cortinas corridas para evitar cualquier atisbo de luz que pudiera colarse entre ellas.

Metió el coche en el parking de su edificio y cogió el ascensor. Era demasiado temprano para que el portero

estuviera en su puesto así que ni siquiera se molestó en ponerse la camiseta que llevaba colgando del hombro. El calor era desquiciante aun estando en pleno mes de junio. Asustaba pensar siquiera cómo sería el mes de agosto.

Empujaba la puerta del ascensor, cuando escuchó un golpe y un gemido de dolor. Abrió la puerta, temeroso de haberle arreado a alguno de sus vecinos de la *jet set*, cuando se encontró de frente con una diosa en miniatura de profundos ojos azules y una larga melena negra que se derramaba lacia sobre sus hombros desnudos y su espalda. El color de su pelo competía con el de sus ojos, lanzando reflejos azulados en la claridad de la mañana.

—¿Estás bien? —preguntó pecando de poco original.

—Creo que sí, ¿a dónde ibas con tanta prisa? —preguntó la herida con una voz ronca, sensual y cierta diversión en su tono. Se quedó mirando su torso desnudo y, ante aquella mirada, Diego notó que su temperatura corporal aumentaba considerablemente y no precisamente por el calor del ambiente.

—A mi casa, aunque la pregunta correcta sería, ¿a dónde ibas tú a estas horas, o de dónde vienes? —añadió con una sonrisa—. Yo vivo aquí —dijo señalando la puerta que tenía en frente con un gesto de la cabeza y un guiño pícaro.

—¿Así que tú eres el policía? —preguntó mientras perdía el equilibrio sobre sus tacones de aguja al coger una

enorme bolsa del suelo.

—¿Y tú eres...? —la interrogó con una irresistible sonrisa en los labios y cierta expectación en la mirada.

Dafne pensó que esa sí que era su mejor arma y no la reglamentaria, además estaba segura de que él lo sabía y lo explotaba, pocas mujeres serían capaces de verle sonreír así y no aceptar lo que fuera que quisiera pedirles.

—Dafne, tu nueva vecina —le tendió la mano y se sintió tonta, lo mejor hubiesen sido dos besos.

Como si le hubiese leído la mente, tomó la mano que le ofrecía para atraerla y rozar sus mejillas con los labios.

—Encantado, Dafne. Nos vemos —dijo mientras buscaba en sus bolsillos la llave de su casa, deseoso de escapar de allí.

«¡Jolín con el policía! ¡Más que aplacar los ánimos los enciende!» pensó Dafne mientras entraba a trompicones en el ascensor. Al parecer, ser funcionario era rentable ya que se podía permitir vivir en pleno centro del mundo.

Diego cerró la puerta y se apoyó contra ella, había cortado tan abruptamente la conversación porque, a pesar del cansancio, el calor y lo poco erótica que era la situación, la nueva vecinita y su perfume lo estaban tentando demasiado. Iba a tener que investigar con el portero, estaba seguro de que si le llevaba una cervecita bien fría conseguiría enterarse de lo que no estaba escrito.

Una vez decidido su método de actuación volvió a ser

consciente de su propio cuerpo, que le pedía a gritos que se ocupara de él. Retomó su plan anterior, ya que en ese momento una ducha fría era vital para que pudiera pegar ojo después de la escena vivida.

Capítulo 1

Finales de agosto 2012

«No es posible», se dijo Diego mientras corría hacía el coche poniéndose la chaqueta por el camino. «¡Esto es de locos!».

Cuando llegó, su compañero ya tenía el vehículo en marcha y estaba listo para salir a toda prisa. Con las sirenas y el poco tráfico que había en verano en Madrid, se plantaron en la dirección indicada en seis minutos treinta y siete segundos. «Nuevo récord», se felicitaron alegres. No se trataba de una emergencia real, no obstante, la eficiencia era igual de satisfactoria.

En cuanto pararon se encontraron con varios curiosos mirando hacía la fachada del edificio que tenían enfrente, justo el lugar al que se dirigían. En la fachada lo único destacable que había era una chica prácticamente en cueros atrapada en uno de los majestuosos balcones. En otro momento hubiera pensado que los curiosos admiraban la fachada de mármol blanco, pero no ese día.

Diego no pudo evitar sonreír, la vecina de enfrente era todo un personaje. Desde que se había mudado al edificio llevaba ya tres incidentes leves en los que habían tenido que intervenir ellos, los policías de la zona.

La primera vez, incendió la cocina. Según dijo, estaba intentando hacerse la cena cuando la sartén prendió sola y, ni corta ni perezosa, en lugar de taparla para que el fuego se extinguiera por sí mismo, se le ocurrió echarle encima lo primero que pilló; una botella de aceite de semillas enterita. Como era de esperar, el aceite hizo que el pequeño fuego de la sartén aumentara y llegará hasta el extractor de humos y toda la parte frontal de la vitrocerámica.

Cuando llegaron los bomberos se quedaron sorprendidos de que el fuego no se hubiera extendido más, después de todo la chica parecía tocada por la fortuna.

La segunda vez que tuvieron que ir a socorrerla, fue porque se había quedado encerrada en el ascensor y el presidente de la comunidad y el portero, los únicos que tenían la llave, estaban de vacaciones en la playa con sus respectivas familias. Cuando la sacaron la pobre estaba casi deshidratada, pero aún así, la jodida estaba igual de guapa.

La tercera vez que intervinieron, y lo chocante es que siempre le ocurrían las cosas durante su turno, se había dejado las llaves de casa dentro y un domingo en pleno agosto no había un maldito cerrajero de guardia para abrirle

la puerta y ahora, al llegar, se encontraba con semejante panorama. A ese paso los del seguro le iban a subir la cuota un doscientos por cien.

Vicente le dijo con una sonrisa socarrona en la cara.

—Diego, ¿vas tú? —y su dichosa sonrisita le tocó las narices. Ahora les había dado por pensar que la chica hacía todo eso para encontrarse con él. Con lo fácil que sería hacerse la encontradiza en el rellano de la escalera o llamar a su puerta para pedirle un poquito de azúcar.

—Claro —respondió escueto. ¡Qué narices! La calamitosa era guapa y seguro valía la pena verla en ropa interior.

Subió andando al cuarto piso y llamó a la puerta siete. En seguida se oyeron unos pasos y una señora mayor abrió la puerta sonriente.

—Diego, ¡qué sorpresa!

—Hola, señora Aurora, ¿me podría dar las llaves de Dafne, por favor? Necesito entrar en su piso y no me apetece llamar a los bomberos para que rompan la puerta a hachazos —bromeó.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó la mujer sin ocultar su curiosidad.

—Se ha quedado encerrada en el balcón y no me pregunte cómo, porque no tengo ni idea, pero ahí está, paralizando el tráfico —la señora mayor se dio cuenta de que a él le parecía divertida la situación en la que estaba

Dafne.

—¿Y por qué lo paraliza, hijo? ¿Por quedarse encerrada? ¡Qué cotilla que es la gente, Dios bendito!

—Porque está casi desnuda, señora Aurora. Por eso.

La mujer se llevó la mano a la boca para ocultar su sonrisa, entornó un poco la puerta para abrir el cajoncito que había colgado tras ella, donde había varios llaveros. Cogió el de Dora Exploradora y se lo dio sonriente.

—Acuérdate de subirme la llave, para la próxima vez —le dijo guiñándole un ojo.

Diego no contestó, se limitó a devolverle el guiño y la sonrisa.

Bajó al tercero, se plantó frente a la puerta de Dafne y la abrió.

El perro diminuto que Dafne tenía ni siquiera levantó la cabeza del cojín sobre el que estaba tumbado. Diego sonrió ante la ironía de su nombre, Thor. Sin duda le quedaba infinitamente grande al mini perro que tenía delante y que, además de diminuto, era vago. Había que reconocer que Dafne tenía un gran sentido del humor.

Con suma tranquilidad se acercó al balcón y descorrió el pestillo, pero antes de abrir la puerta y permitirle entrar, se paró a inspeccionar el mecanismo, ¿cómo había podido quedarse fuera? No había manera, o era bruja y lo había corrido con la mente o realmente la chica era un imán para los accidentes.

Al levantar la vista del pestillo tuvo que centrarse en cerrar la boca. Dafne, la mujer que lo tenía loco desde la primera vez que la vio, estaba parada ante él en ropa interior, si es que se podía llamar ropa a lo que llevaba puesto. Era minúsculo, sexy y muy, muy inadecuado para salir al balcón, desde luego. Habían valido la pena las risas de Vicente y de los demás compañeros si la recompensa era esta.

Tragó saliva y se apartó para dejarla pasar dentro. Estaba realmente impresionante. Era bajita pero perfecta, hasta Fernando Alonso derraparía en sus curvas...

Por su parte, Dafne estuvo a punto de desmayarse cuando vio quién le abría la puerta del balcón, había rezado todo lo que sabía para que tuviera el día libre y no trabajara. Pero su veleidosa suerte volvía a ponerse en su contra y se hallaba delante de él, otra vez, en una situación incómoda que la hacía parecer tonta y torpe. Vale que torpe lo fuera, pero tonta... pues no.

Sonrió al no ocurrírsele nada que decir mientras Diego, por fin, la dejaba pasar a su casa. Los mirones del portal se fueron dispersando, aunque era evidente que su incidente había dado tela a las chismosas que iban a *El Corte Inglés* de la esquina para todo lo que quedaba de verano.

—¿Qué te ha pasado esta vez? —preguntó él condescendiente, intentando reprimir una sonrisa burlona

sin mucho éxito.

Dafne frunció el ceño molesta, lo que consiguió que Diego se diera cuenta de que el tono con el que le había hablado era ofensivo.

»Perdona, no quería sonar borde —se disculpó sinceramente.

—Tranquilo. En realidad he salido a coger las chanclas y no sé qué ha pasado que me he quedado encerrada.

—La próxima vez —advirtió volviendo a sonar burlón—. Empieza a vestirme por la cabeza y termina por los pies, así te evitarás este tipo de problemas —le guiñó un ojo y se dio la vuelta para irse.

—Gracias Diego, lamento haberos molestado. En realidad esperaba que la señora Aurora saliera a por el pan para pedirle que me abriera, pero las cotillas del centro comercial han tenido que llamaros —se quejó molesta.

—Vives en un barrio de cotillas, por muy caro que sea el metro cuadrado, es lo que hay —dijo encogiéndose de hombros y, sin añadir ni una palabra más, se marchó.

Dafne se vistió, tal y como le habían aconsejado: empezando por la cabeza. Cogió su mochila y el equipo fotográfico y se marchó a la sesión que tenía a las nueve con Julia Di Paliano, una de las modelos mejor pagadas según la lista Forbes.

Cuando llegó al plató, minutos después de las nueve y media de la mañana, ya estaba todo listo. Los focos

situados, la modelo terminando en peluquería y maquillaje, y Pablo dando órdenes a los operarios que movían de un lado a otro pantallas enormes en las que el fotógrafo colocaba con ayuda del *Photoshop* el fondo deseado.

Dafne se quedó mirándole en silencio, era increíble como su socio podía sacarle tanto partido a una camiseta blanca y unos pantalones vaqueros desgastados. Viéndolo moverse con tanta elegancia y estilo cualquiera comprendía la razón por la que atraía a tanta gente. Para ese día había elegido el *look* intelectual, que completaba con unas gafas de pasta negras que apenas necesitaba. A los diecinueve años se había operado de la vista y, aunque no había podido eliminar completamente la miopía, la había reducido al mínimo. Solía limitar su uso para la lectura, aunque en días como este las utilizaba para rematar sus *looks*.

—Buenos días, Pablito —le saludó sonriente.

El aludido arqueó una ceja perfectamente depilada.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames así? —la regañó por enésima vez.

—Lo sé, es la costumbre. Eres Pablito desde los cuatro años, ¿qué culpa tengo yo de que ahora Pablo te parezca más elegante? Dame tiempo. Seguro que David te llama Pablito en la intimidad y con él no te quejas tanto —dijo haciendo referencia a su último ligue, un modelo de la campaña anterior.

—¡Qué envidiosa eres! Y que sepas que David tiene

permiso para llamarme como quiera, tú no —bromeó ante la provocación de Dafne.

—Eso ha dolido —se quejó ella mientras se le enganchaba el tacón en una de las rejillas de ventilación en la que se situaban los modelos para el efecto viento.

Pablo, demasiado acostumbrado a sus accidentes como para darle importancia a algo tan nimio como eso, le tendió la mano y la sacó del agujero en el que había metido el pie.

—Ponte zapatillas para venir a trabajar. Esta semana no podemos cerrar los conductos del aire, los necesitamos para las fotografías.

—De acuerdo, papá.

Su amigo hizo caso omiso a su comentario y siguió explicándole cómo iban los preparativos.

—Julia está en peluquería, ya están terminando con ella. Es demasiado mona, por lo que prácticamente no necesita de nada —le comentó admirado—. He hablado con ella y está encantada de que le hagas las fotos en el estudio y no tener que viajar. De verdad, no sé cómo pueden decir que va de diva, si es un amor —la defendió Pablo.

—Será el embarazo, que además de darle problemas por las mañanas, le habrá dulcificado el carácter —era evidente por la frialdad de sus palabras que la rubia no le caía muy bien.

—Tú lo que eres es una envidiosa, como todas las demás que la critican —y dicho esto, levantó su nariz respingona recién operada y se dio media vuelta en busca de su nueva amiga.

Dafne y Pablo se conocían de toda la vida, por lo que los enfados y las bromas eran el pan de cada día. Nunca, en todos esos años, había llegado la sangre al río, y tampoco iba a hacerlo por una diversidad de opiniones, por muy guapa que esta fuera.

Dafne abrió su bolsa y comenzó a sacar cámaras, lentes y filtros, y a agruparlas y ordenarlas para tenerlas perfectamente colocadas para la sesión que estaba a punto de comenzar. En esos instantes conseguía evadirse de todo lo que la rodeaba, los agujeros asesinos, los accidentes inoportunos y los amigos malhumorados.

Una vez lo tuvo todo dispuesto, volvió a la realidad, sus sentidos se reactivaron y el aroma del café inundó sus fosas nasales. Su mirada se paró en la mesa del catering, se moría por uno bien cargado, pero tenía autoprohibidos los excitantes tales como la cafeína o la teína durante las sesiones fotográficas. Lo que menos necesitaba era acelerarse un poco más.

Di Paliano debía posar con un mini triquini que Stella McCarney había diseñado exclusivamente para el reportaje fotográfico. Amablemente se aproximó a ella para darle las gracias por la deferencia que había tenido aceptando

hacerle las fotos en el estudio y no en Hawái, como a las demás modelos. Dafne se quedó pasmada por dos razones: la primera fue que se hubiera acercado hasta ella para agradecerle el gesto y la segunda, y más importante, la descubrió cuando la modelo se quitó el albornoz y vio su mini cintura de avispa y su tersa barriga. ¡Dios, ahí no había sitio para un niño!

«Pobrecito» pensó, «aún no ha nacido y ya le obligan a mantener la línea para caber en un espacio tan reducido». Aunque bien pensado, si la genética le sonreía tanto como a su madre, nunca iba a tener que preocuparse por eso.

Ansiosa por terminar de una vez con el calendario, se concentró en su trabajo, en lo que veía a través de su lente y, durante dos horas, fue grácil y elegante en sus movimientos. La Dafne torpe y patosa desaparecía en cuanto tomaba la cámara en sus manos y miraba a través de ella, nadie que la viera en ese momento se hubiera creído que varias horas antes se había quedado encerrada en su propio balcón.

Capítulo 2

Diego se despertó desorientado ante el insistente sonido del móvil y del fijo de casa que, al parecer, se habían puesto de acuerdo para sonar a la vez. Alargó la mano y cogió el que tenía más cerca. La llamada era del trabajo. Le dio al botón verde todavía somnoliento y soltó:

—Espera un momento que está sonando el fijo —dijo a quien fuera que llamaba.

Después del día de perros que había sufrido, en el que lo único agradable había sido encontrarse a su vecina en paños menores, había soñado con dormir sin estar pendiente del despertador, ni siquiera ese ínfimo deseo había logrado que se cumpliera.

—No te molestes, también soy yo —contestó Gema, la policía que se encargaba de las tareas administrativas en la comisaría en la que Diego trabajaba.

En ese instante el teléfono dejó de sonar.

—¿Qué pasa? —preguntó ahora totalmente despierto. Había salido a las seis de la mañana, era su día libre, así que debía suceder algo para que le molestaran tan insistientemente, y seguramente no era nada bueno.

—Necesitamos que vengas a sustituir a Vicente. Serán

solamente unas horas, hasta que Andrés vuelva de casa de sus padres en la sierra —explicó sin entrar en detalles.

Andrés, su mejor amigo, había salido a la misma hora que él y, si había conducido hasta el pueblo de sus padres para pasar el fin de semana y ahora le tocaba volver, iba a estar de muy mal humor.

Mejor mantenerse apartado, se aconsejó a sí mismo. No obstante, fue entonces cuando se dio cuenta de lo que había dicho Gema.

—¿Qué le ha pasado a Vicente? —preguntó nervioso y preocupado.

—Se ha quemado las manos. Se les ha parado la patrulla y al abrir el capó se le ocurrió abrir el tapón del radiador sin esperar a que se enfriara y se ha quemado. Estará de baja unas semanas, así que tendremos que buscar a un externo —comentó visiblemente molesta por el incidente y por el trabajo adicional de esperar al sustituto que mandara el Ministerio, si es que lo mandaba, que con la crisis todo estaba muy mal. Si no lo mandaban iban a tener más trabajo de lo normal, tenía que haber un mínimo de efectivos en cada turno.

—Voy para allá —se limitó a decir y colgó antes de que Gema pudiera responderle.

El reloj de la mesilla de noche marcaba las 14:00h, había dormido ocho horas y estaba hambriento. Se vistió a toda prisa y se recalentó el café que había en la cafetera

que, si bien no olía como tal tampoco es que oliera muy mal.

Sin azúcar que mitigara el sabor ni nada que lo endulzara, se lo bebió de un trago mientras buscaba en los armarios de la cocina algo que echarse a la boca. Encontró un paquete de galletas, pero estaban blandas y las tiró a la basura con cara de fastidio. Iba a tener que entrar en el hipermercado de la esquina y comprar algo que se pudiera calentar y comer, o iba a desfallecer de inanición por el camino.



Cuando llegó a comisaría con su lasaña congelada, su refresco de cola y sus patatas fritas, algunos de sus compañeros ya estaban en el comedor con sus viandas y el programa de cotilleos puesto. Para que luego dijeran que las cotillas eran las mujeres. Con la excusa de ver a la presentadora, se enteraban de todo lo que se cocía en el mundo rosa y luego regañaban a sus parejas porque hacían lo mismo todas las tardes.

Se hizo el silencio cuando empezaron a salir modelos en traje de baño, algunos diseños eran casi inexistentes. Sin poder evitarlo la cabeza de Diego se llenó con los recuerdos de Dafne en ropa interior...

Las compañeras pusieron cara de fastidio y siguieron charlando, prestando poca atención a la televisión.

Las caras de emoción de ellos dieron paso al asombro cuando la voz en *off* de la presentadora cañón, habló de la fotógrafa encargada del reportaje que comentaban, y se pusieron las imágenes correspondientes a la susodicha: una preciosa morena que se movía con elegancia entre los focos, los maquilladores y los peluqueros que había en el escenario en el que una rubia de escándalo sonreía y agitaba su melena de un lado a otro.

—Este año el prestigioso calendario de la marca de neumáticos más famosa del mundo, ha sido realizado por la fotógrafa valenciana, Dafne Llorenç —comentaba la presentadora.

—¡La madre que...! ¿Esa no es tu vecina? —le espetó Adrián que estaba sentado justo frente a la puerta en la que estaba parado. Diego no sabía cómo le había visto puesto que no había despegado los ojos de la televisión en ningún momento.

Inmediatamente después, seis pares de ojos se posaron conmocionados sobre él. Incluso las chicas se callaron de forma abrupta y le miraron interrogantes.

—Quién hubiera pensado que la vecina buenorra de este —dijo Mateo señalándole—, iba a codearse con semejantes mujeronas.

—Ya sabes el dicho, ¡Dios los cría y ellos se juntan!

—bromeó Damián.

—Creo que a partir de ahora voy a verla con otros ojos —exclamó divertido Tomás

—Haz el favor de tragar para hablar —le regañó Lorenzo con cara de asco.

—Ya vale, todos —frenó Diego—. ¿Cómo está Vicente? —preguntó esperando que la salud de su compañero fuera suficiente para desviar la atención de su persona.

—No muy bien —explicó Damián—. Estará de baja por lo menos tres semanas.

—¿Se puede saber por qué no llevaba puestos los jodidos guantes? O mejor, ¿cómo narices se le ocurrió meter las manazas en el motor? —preguntó molesto.

—Ya sabes como es. Se cree capaz de arreglar cualquier cosa —comentó Damián mientras sus compañeros asentían a sus palabras.

—Podía haber sido peor. Le podría haber saltado a la cara o algo así, y dejarle ciego o marcado de por vida —se quejó Víctor que se había mantenido al margen de la conversación mientras engullía el arroz al horno de su mujer.

—Parece que, después de todo, tenemos que dar gracias —concluyó Gema, uniéndose al grupo.

Diego suspiró aliviado cuando la conversación continuó por otros derroteros menos provocativos que su

vecina y menos tristes que el accidente de un compañero.



—¿Otra vez? —preguntó Pablo con uno de sus gallos y lo suficientemente alto para que medio restaurante se girara a mirar en su dirección.

—Sí, no tengo idea de por qué narices cada vez que me pasa algo, los puñeteros vecinos tienen que llamar a los policías, ¡que llamen a los bomberos, por Dios! —se quejó Dafne en voz baja, hecho que hacía que perdiera la credibilidad a los ojos de Pablo. Había que gritar cuando se estaba enfadado, si no cómo narices ibas a desfogarte.

—Eso te pasa por vivir en un edificio de pijos —sentenció Pablo. David y Dafne se pusieron a reír ante el comentario.

—Pero si no hay nadie más pijo que tú —lo acusó David—, si hasta los pañuelos con que te limpias los mocos son de Chanel.

—Pero eso es porque tengo la piel muy delicada y si no se me irrita —se defendió—. Además, tú tienes que ponerte siempre de mi parte. Es la regla número uno de las relaciones de pareja —explicó muy serio.

—No creo que sea una buena regla —comentó Dafne

—, ¿qué pasa cuando tu pareja está equivocada? Como en este caso —apuntilló burlona—. ¿Tiene que mentir y darte la razón? Creo que tu regla no es muy ética.

—Estoy de acuerdo con ella —comentó David mientras contenía la risa a duras penas ante la cara de asombro de su novio.

—¿Os estáis burlando de mí? —preguntó cuando sus amigos estallaron en risas.

—Por supuesto que no, cariño —contestó David riendo.

—Jamás osaríamos, Pablito —apoyó su amiga.

—¿Sabes cariño? Me encanta cuando te llama Pablito, me hace pensar en ti como en un chico malo al que hay que castigar para que aprenda a comportarse —comentó David provocador, ya que era consciente que a su pareja no le gustaba que le llamaran de ese modo.

—Dafne, tienes mi permiso para llamarme Pablito cuando quieras —otorgó muy serio su amigo—. Sobre todo si David está cerca. Y David, tú tienes permiso para castigarme cuando sea necesario.

Lo dijo tan serio que ni David ni Dafne pudieron evitar sonreír ante la ocurrencia.



Dafne y Pablo estaban descartando las imágenes de la sesión del día anterior al tiempo que mordisqueaban unas pizzas que habían pedido para cenar, mientras, David veía la televisión y gandleaba en el sofá.

Después de comer los tres juntos en el restaurante favorito de Pablo, había sido arrastrada por aquellos dos por toda la milla de oro, entrando en casi todas las tiendas por las que pasaban. Su mejor amigo siempre encontraba algo en qué gastarse el dinero, aunque la mayor parte de las veces se decantaba por los cinturones. Lo curioso era que rara vez llevaba uno.

Cuando por fin llegaron a casa, Dafne tenía todavía pendiente el tema de la selección de las fotos. Ya tenía las de la modelo que faltaba por no haber viajado con las demás, ahora tenía que cerrar sí o sí el calendario y mandarlo para que lo montaran y lo publicaran.

Dafne no entendía cómo se podían gastar tanto dinero en un calendario sobre el que no sacaban ningún beneficio, después de todo no estaba a la venta, la casa los regalaba a sus mejores clientes.

Ya podían ser buenos, pensó Dafne, al fin y al cabo ni ella ni las modelos eran baratas, y mucho menos la semana a todo lujo en Hawái de la que acababan de regresar.

Pero esa era una de las mejores partes de ser fotógrafa de famosos, de campañas de moda y demás. Estaba claro que la crisis no afectaba a todos por igual.

Hubo un tiempo en que se había planteado hacer otro tipo de fotografías, más comprometidas, más artísticas, pero con un socio como Pablo la cosa nunca hubiera cuajado y, al fin y al cabo, lo que ella quería era mirar a través de su cámara, disfrutar de su propia perspectiva de las cosas.

Desplegaba sus habilidades en su trabajo, por lo que sus fotografías eran una mezcla de sus inquietudes artísticas y de lo que necesitaba el cliente. Únicamente había rechazado un trabajo y fue por causas mayores. Le habían pedido que le hiciera un reportaje a una *celebrity* que se casaba con un millonario de los Emiratos Árabes. La idea era que apareciera con diversos trajes de novia, aunque ninguno de ellos fuera el que finalmente usaría en la ceremonia. Ni siquiera se planteó aceptar, se negó en redondo. Ella no fotografiaba novias bajo ningún concepto. Su determinación respecto a ese tema era tan definitiva que incluso se había negado a fotografiar a su hermana, que se había casado hacía menos de dos semanas. Las bodas y las novias le daban grima, mejor evitarlas y con ello los malos recuerdos de su infancia.



Diego se encontraba inmerso en un gran dilema.

Vicente era el encargado de hacer las fotografías para el calendario que realizaban todos los años y cuyos beneficios destinaban a una ONG. Estaban a finales de agosto y aún no tenían nada hecho y, para colmo, el fotógrafo oficioso se había lesionado las manos.

Año tras año iban alternándose, las chicas y los chicos, la confección del calendario. El año anterior las compañeras habían recaudado más de cinco mil euros y ahora, que les tocaba a los hombres posar y organizarlo, se habían propuesto superar la cifra de las mujeres.

Al igual que sus propios compañeros, el primer pensamiento de Diego tras saber del accidente de Vicente, había sido Dafne. No era un secreto que se sentía atraído por ella y sus compañeros podían ser cualquier cosa pero no tontos, y mucho menos ciegos.

Por eso habían visto la oportunidad perfecta cuando se encontraron compuestos y sin fotógrafo para el calendario solidario. Era una manera mucho más ortodoxa de que los dos pasaran un tiempo juntos, sin necesidad de movilizar a todos los efectivos para que la rescataran de sus habituales accidentes.

Y tras una votación el sí había vencido por mayoría y sus compañeros lo mandaban a él para que presentara su causa frente ella, una profesional de éxito que además conseguía que le hirviera la sangre cada vez que se cruzaba en su camino. «Y, ¿se puede saber por qué narices va a

aceptar?» se dijo nervioso. Por mucho que sus compañeros le animasen, era una causa suicida.

—Seguro que acepta —le habían confortado—. Si se encierra en el balcón para verte y le prende fuego a la cocina... —comentó otro con ganas de incordiar.

Ni siquiera le habían permitido negarse, aunque la idea tampoco se le había pasado por la cabeza. Incluso Gema y Berta le habían dado consejos sobre cómo conseguir que se interesara por el calendario benéfico.

Así que ahí estaba él, en la puerta de su casa, demasiado nervioso para llamar y demasiado implicado con la empresa como para irse y dejarlo todo correr.

—¡Dalo por hecho! —había exclamado Andrés, cuando por fin llegó a sustituirle, pero su tono era más bien jocoso. Parecía divertirse más que nadie con su incomodidad, en su categoría de mejor amigo, sabía lo que esa mujer le hacía a su sangre y la idea de verlo disimular ante ella parecía motivarle mucho.

Es por una buena causa, se animó a sí mismo, y, cerrando los ojos, llamó al timbre mientras rezaba para que no hubiera nadie y pudiera decir en el trabajo que lo había intentado pero que ella no estaba en casa, que había salido a uno de esos viajes en los que estaba fuera semanas.

Escuchó los mini ladridos de Thor, en ese perro todo era mini, su tamaño, sus ladridos... Todo excepto su mala leche, que era descomunal. Comprendió que Dafne estaba

en el país, no importaba dónde fuera, el perrito siempre iba detrás de su dueña, sin embargo, afirmar que estuviera en casa ya era aventurar mucho...

Cuando le abrió la puerta con unos shorts diminutos, sin sujetador, descalza y con una camiseta de tirantes que se le ceñía a la perfección, Diego instintivamente se cubrió con las manos sus partes más nobles. Ante semejante visión, sus pantalones comenzaron a tirarle en esa zona, y no era cuestión de que ella se diera cuenta.

—Hola, Diego, ¿pasas? —le ofreció amablemente. Ni siquiera parecía sorprendida por su inesperada visita.

—Sí, me gustaría comentarte una cosa —aceptó la invitación.

Ella se apartó y lo dejó entrar. A pesar de la distancia, su perfume se coló en su cabeza, embriagador y femenino...

En el salón estaba su amigo Pablo y el chico que salía anunciando su marca de vaqueros favorita. Sobre la mesa había varias cajas de pizza y estaban viendo una película en e l *Blu-ray*. «*Los Vengadores*, buena elección», pensó aprobador. Nuevo punto para la fotógrafa y sus amigos.

Dafne como buena anfitriona presentó a sus invitados. A Pablo ya le conocía, se había encontrado con él varias veces en el descansillo, pero aparte de los saludos de rigor no habían hablado nada más, el chico le ofreció pizza y una cerveza, no obstante, en lo único en lo que pensaba era en soltar la bomba y en marcharse rápidamente de la tentación

que era Dafne.

Estaba seguro de que ella no iba a aceptar su propuesta, una mujer como ella debía tener sus compromisos cerrados y casi mejor para él. La situación ya era bastante incómoda cada vez que se cruzaban en la finca como para tener que trabajar con ella y encima ligeritos de ropa, por no decir abiertamente desnudos. Los calendarios que realizaban siempre habían tenido un punto picante y sexy, pero además, en esta ocasión, debía de serlo mucho más si pretendían conseguir recaudar más de cinco mil euros y superar a las chicas.

Cuando consideró que ya había sido amable con sus amigos, que indudablemente eran pareja, se giró hacia ella y le repitió que necesitaba hablar con ella. No fue necesario pedirle que fuera en privado.

Lo condujo hasta lo que parecía su despacho. Diego se mordió la lengua para no reírse cuando Dafne estuvo a punto de caer de bruces al suelo al tropezar con sus propios pies.

—¿Estás bien?

—Sí, he tropezado. Me pasa a menudo.

—Lo siento.

—Tranquilo, estoy acostumbrada a ello. Soy demasiado despistada.

Diego se calló y aceptó despistada en lugar de patosa.

La habitación en la que entraron estaba decorada con

lo que parecía su propio trabajo. Colgadas en las paredes había fotografías en blanco y negro de todo tipo de cosas, desde manos hasta sombreros, algunos collages eran fantásticos. El despacho estaba dominado por una gran mesa de escritorio que iba de lado a lado de la pared, un ordenador de sobremesa, un portátil y varias impresoras. Era un espacio habilitado para dos personas: dos sillas, dos ordenadores...

Dos espacios en la mesa bien diferenciados, uno pulcramente recogido y el otro repleto de negativos, latas de Nestea, envoltorios de caramelos... Diego se dio cuenta de que tenía que decidirse a hablar, parecía tonto ahí parado observando la habitación:

—No sé cómo decir esto —comenzó azorado por la intensa mirada que ella le dirigía.

—¿Qué tal por el principio? —le animó ella sonriente.

—Vale, por el principio. Verás mi compañero Vicente ha tenido un accidente y se ha quemado las manos —explicó tal y como ella le había pedido, por el principio.

—¡Vaya! Lo siento —le dijo con amabilidad sin entender muy bien qué tenía eso que ver con ella y con su sorprendente visita.

—Esta mañana te vimos en televisión, hacías fotografías para un calendario, estábamos comiendo cuando apareciste en mitad de la pantalla y todos los

compañeros te vieron —se calló y la miró. Se dio cuenta que parecía nerviosa, expectante por escuchar lo que él tenía que decirle—. En comisaría todos los años hacemos un calendario, y luego donamos los beneficios a una ONG. Este año nos toca a los chicos, nos organizamos por sexos y es de alguna manera una especie de competición entre nosotros. El año pasado las chicas donaron cinco mil euros a Greenpeace, nuestra elegida de este año era Médicos Sin Fronteras, pero como Vicente, que era quien se encargaba de hacer las fotos, se ha lesionado... Los compañeros han pensado que quizá tú dispondrías de un par de horas para hacernos el reportaje —dicha esta última parte de carrerilla, se calló para que ella pudiera hablar.

—Verás, me encantaría ayudaros, pero tengo que consultarlo con Pablo que es quien lleva mi agenda. Ahora mismo no tengo ni idea de si dispongo de un par de horas libres. ¿Te parece bien si te contesto en unos días? Así si finalmente no hay problema podemos concertar la fecha —explicó ella amablemente, aunque su expresión ni aceptaba ni negaba.

—Me parece perfecto —comentó Diego. En ningún momento había esperado que Dafne fuera a pensárselo siquiera.

—Genial, entonces quedamos así —ratificó Dafne con una sonrisa que pretendía disimular su propio asombro por la rapidez con la que había aceptado pensárselo. Ese

hombre era peligroso, con él su vena racional se transformaba en impulsiva.

—Sí, gracias —respondió mientras evitaba mirarle el escote. Tenía que concentrarse en su cara para no hacerlo. Después de lo amable que había sido con él, lo que menos pretendía era ofenderla clavando la vista en sus tentadores pechos.

Dafne le acompañó a la puerta con cuidado, atenta para no volver a tropezar y quedar en evidencia delante de él.

Al pasar por el comedor, Diego se despidió de los amigos de ella, que seguían viendo la televisión, y se marchó a su casa, con el maldito perfume de Dafne incrustado en la nariz y en su cabeza.

Capítulo 3

—A mí no me la das guapita, tú quieres hacerles el calendario porque el de la porra te tiene loquita perdida —dijo Pablo cuando Dafne le confesó que quería colaborar con la policía.

La noche anterior cuando Diego se fue, les había contado a él y a David lo que le había explicado su vecino sobre el calendario solidario, cómo por un accidente laboral se habían quedado sin fotografía y que, tras verla en la televisión durante la sesión con Di Paliano, sus compañeros habían pensado en ella para que sustituyera al amigo herido que iba a encargarse de realizar las fotografías. Además había añadido, a modo de justificación, que para ellos iba a ser publicidad positiva colaborar en la creación de un calendario solidario.

—Tú siempre tan explícito Pablito —exclamó Dafne, ruborizándose hasta la raíz del cabello. Su amigo le daba un nuevo significado a la palabra «franqueza».

—Hija, las cosas claras y el chocolate espeso. Se te vio el plumero anoche cuando lo viste en la puerta, pero si casi se te cae el short de la emoción —continuó con su acostumbrada retórica.

—Vale es atractivo, me gusta —concedió al fin—, ¿qué hay de malo en eso? —preguntó molesta por haberse visto obligada a confesar. Una cosa era que se le notara un poco y otra muy distinta que Pablo la calara tan profundamente.

—Nada mujer, no te pongas a la defensiva. Simplemente estaba constatando un hecho. Ese policía te pone atómica y tú en lugar de pedirle que te lea tus derechos, a saber: en privado, decides hacerles fotos a él y a sus compañeros totalmente gratis, sin beneficios de ninguna clase, pues qué quieres que te diga. Yo le exigía que me pagara en especie o si no nada de nada. Al fin y al cabo, salís los dos ganando —le aconsejó su amigo, que lo único que deseaba era que Dafne por fin se soltara la melena y se dejara de remilgos.

—¡Serás bruto! —se quejó, aunque la idea de Pablo la atraía poderosamente—. Aunque ya puestos, también te puede pagar a ti, tampoco es que tú no le mires con ojos golositos.

—Ahora mismo estoy enamorado de David y no tengo ojos para nadie más. Excepto quizás para Evelyne, la dependienta de Loewe y ese par de buenas razones que me pone en la cara cada vez que paso por allí —se mordió el labio al recordar a la voluptuosa morena.

—¿Otra vez vas a cambiarte de acera? —preguntó Dafne con intención de molestarle. Después de lo borde

que había sido con ella se merecía su pulla.

—Cariño, yo vivo con un pie en cada lado. No me enamoro del sexo, o del género, si te parece más correcto. Me enamoro de la persona, que sea hombre o mujer para mí es anecdótico.

—Ya veo —comentó con desgana.

—Lo que ves es que no te voy a seguir el juego, y que por lo tanto no voy a ofenderme por tu lengua viperina. De manera que si no me disgusto no vas a tener ninguna razón para enfadarte conmigo y hacer tu santa voluntad, que no es otra que hacerle las dichosas fotos al policía macizo — Pablo suspiró mientras pasaba las páginas de su agenda—. El viernes puedes hacerlo, tienes el día libre —concedió ante la sonrisa feliz de Dafne—. En realidad tienes el fin de semana libre, pero si no vas a sacar nada con esto, lo mejor es que las hagas el viernes, y así el fin de semana podemos salir y trasnochar, que buena falta que te hace desfogarte un poco. Estás empezando a perder hasta el color —la regañó muy serio.

—¡Qué malo eres! Además el calendario es por una buena causa —recalcó Dafne.

—Sí, una buena causa. Por lo menos disfrutaremos de las vistas de los torsos más musculosos y trabajados de todo el cuerpo de funcionarios —se relamió su amigo.

—¿Vas a venir? —preguntó sorprendida, ya que después de la charlita que le había dado no parecía

dispuesto a acompañarla.

—Claro. Soy tu socio, además, como bien dices, es por una buena causa —Pablo repitió el mismo argumento que ella había esgrimido durante toda la conversación, aunque en sus labios sonaba un poco irónico e incluso sarcástico—. El hecho que los policías me apasionen desde niño, no tiene nada que ver con mi decisión de acompañarte —confesó mientras le guiñaba un ojo.

—Eres malvado —se burló Dafne.

El aludido arqueó una ceja y torció la boca, signo inequívoco de que la respuesta era incorrecta.

—Además de estar buenísimo y de ser el mejor amigo del mundo, por supuesto —afirmó ella riendo.

—Eso está mucho mejor. ¡Chica lista! —aclaró arqueando una ceja—. Voy a hacerme un café, ¿quieres uno?

—¿Estás de broma? La cafeína ahora mismo no es una opción para mí.

Pablo obvió la respuesta que tenía en la punta de la lengua. La cafeína, nunca era una opción para Dafne Llorenç.



Dafne y Pablo trabajaban en casa de Dafne. Años atrás

habían alquilado una pequeña oficina en la que apenas estaban, ya que el cuarto oscuro de Dafne estuvo en su propia casa, al igual que lo estaba ahora que había convertido uno de los tres cuartos de baño en su centro oscuro de operaciones.

Decidieron que era tonto mantener el local teniendo una casa tan grande, y se trasladaron a su casa. Cuando Dafne se compró el piso en pleno centro de Madrid, reubicaron la oficina, al fin y al cabo, se pasaban la vida viajando de un sitio a otro. El material de iluminación y demás atrezzo, lo guardaban en el almacén, comprado tras su primera gran campaña publicitaria, que estaba situado junto a unos famosos estudios de televisión.

Pablo organizaba la agenda desde cualquier sitio y cuando viajaban llevaba consigo la oficina al completo, es decir, su portátil, su iPhone y la agenda electrónica con la que Dafne habría jurado y perjurado que su amigo dormía, ya que apenas se despegaba de ella. La única vez que la perdió de vista estuvo a punto de hacer que el avión en que viajaban diera la vuelta para recuperarla. De no ser por la eficiente azafata que la encontró debajo de su asiento, la experiencia hubiera sido un caos y habrían terminado siendo vetados en las líneas aéreas con las que viajaban.

Pablo y Dafne eran amigos desde que en clase de párvulos, Pablo la rescatara cuando se le ocurrió hacerse trenzas con plastilina. Su nuevo amigo, dedicó toda la hora

del recreo a intentar despegar la pasta azul de su pelo. Al final el resultado fue, una media melena en lugar de su larga melena habitual, y un amigo para toda la vida, mucho más insistente que la plastilina. Sin ninguna duda sacrificar su cabello había valido la pena.

Pablo hizo de rescatarla una costumbre, y no solo de sus problemas estéticos, sino de todos y cada uno de sus tropiezos, tanto físicos como emocionales, quizás más físicos que emocionales, dada su tendencia a los desastres. Por eso se habían arriesgado juntos en el trabajo, y la verdad era que les iba de maravilla. Dafne realizaba las fotografías y Pablo todo lo demás, desde elegir contratos hasta organizar los montajes. Siempre había tenido un gusto exquisito, por lo que en su relación laboral, explotaban lo mejor de cada uno.

Su amigo era una constante en su vida, al igual que lo era su familia. No obstante, en las relaciones no buscaba la constancia, de hecho huía de ella. Sus padres se habían divorciado cuando ella era muy pequeña y, desde entonces, su madre se había pasado la vida despotricando sobre el matrimonio y aleccionando a sus hijas sobre lo conveniente que era evitarlo a toda costa, consiguiendo así que su hija mayor le tuviera alergia a la palabra y pánico a la institución.

En cambio, la menor de ellas era como su padre, que se había casado cuatro veces y todavía tenía la esperanza de

encontrar una nueva esposa que fuera finalmente la definitiva.

Chloe había soñado siempre con el día de su boda, era en esos juegos, cuando Dafne se alejaba de Pablo y de su hermana, con la que solo se llevaba dos años, y mientras ellos se peinaban, se vestían y fingían que se casaban en una iglesia repleta de flores, ella se lanzaba a la aventura con la vieja Polaroid de su padre, dispuesta a captar cualquier cosa que la mantuviera alejada de ellos y de sus sueños de satén blanco y alianzas.

Durante su adolescencia, su afán por huir de las relaciones estables se había traducido en buscarse los novios más impresentables que podía encontrar. Con la madurez, la cosa tampoco mejoró mucho, hasta el punto que con veintiocho años cumplidos, su experiencia se limitaba a relaciones esporádicas poco satisfactorias. Tampoco es que con sus constantes viajes pudiera establecer alguna relación seria, para conseguirlo habría que esforzarse demasiado y Dafne no estaba dispuesta a arriesgar su cordura por un hombre. Ya había tenido bastante con su madre y sus lamentaciones cada vez que alguno la dejaba.

Así que, por muy atraída que se sintiera por su vecino, o por muy sexy que este fuera, no podía suceder nada entre ellos. Era demasiado peligroso tenerlo a veinte metros de su puerta cada día durante el resto de sus días, acabaría

colgada de él y terminaría como su progenitora, maldiciéndose a sí misma por no poder retener al hombre que quería y consolándose en brazos de hombres equivocados que solo le hacían sufrir, algo a lo que no estaba dispuesta bajo ningún concepto.

Ella era una mujer adulta e inteligente y si decía que la idea del calendario le atraía por tratarse de un tema solidario, tan importante en los tiempos de crisis que vivía el país, era por el tema solidario y no por la dichosa porra que tanto se le marcaba a su vecino, como había sugerido, o más bien gritado, su querido amigo Pablito.

Capítulo 4

El miércoles, cuando por fin llegó a casa tras una sesión agotadora para la revista InStyle España, se encontró con una sorpresa. En cuanto salió del ascensor, después de hacerse daño con el hombro empujando la puerta para que se abriera, ya que llevaba las manos llenas con las bolsas de la compra y las cámaras, comprobó que había algo diferente en su casa. Al salir del trabajo se había acercado a por suministros al hipermercado y se había emocionado tanto comprando alimentos que no sabía cómo cocinar, que al salir del coche le faltaban manos para cargar con todo.

Se paró de sopetón. Las manzanas se salieron de la bolsa cuando las soltó de golpe. Algo inesperado se desarrollaba en el interior de su piso, salía música de su interior y ella, a pesar de sus habituales accidentes domésticos, estaba segura de que no se había dejado nada encendido, al menos todo lo segura que Dafne podía estar.

Durante dos minutos estuvo parada frente a su puerta sin decidirse a entrar, tentada en pedirle a Diego que la acompañara por si realmente había un intruso en su casa. No obstante, descartó la idea por tres motivos

completamente razonables, el primero consistía en que si todo era una falsa alarma y simplemente se había dejado la radio encendida, creería que era una excusa para estar con él. La otra opción era añadirle un motivo más en su larga lista de accidentes, para que él la catalogara como desastre con piernas y la tercera iba encaminada hacia el bienestar del propio Diego que probablemente acababa de acostarse y no le haría ninguna gracia que lo molestara. Vaya, al parecer también había un cuarto punto; recién levantado estaría irresistible y con su suerte olvidaría lo que quería pedirle... Y no era plan volver a quedar como una boba ante él.

Decidida a hacer frente a lo que fuera que la estuviera esperando en su casa, sacó las llaves del bolso y comprobó que no habían forzado la cerradura. Suspiró aliviada, definitivamente había sido ella quien se había dejado la música puesta, era la única explicación con sentido, los ladrones no tenían llaves.

Su confianza se desvaneció cuando al entrar le vino un maravilloso olor a comida casera. ¡Vaya, ahora resultaba que los ladrones sí que tenían llaves y encima cocinaban! Iba a darse la vuelta y marcharse sin mirar atrás cuando una versión suya quince centímetros más alta y con delantal, salió de la cocina.

—¿Qué narices haces tú aquí? Tendrías que estar de crucero por Italia con tu marido —le espetó a su hermana

cuando por fin pudo hablar.

—Me he separado —explicó Chloe tranquilamente.

—¿En la luna de miel? ¿Estás loca?

—No estamos hechos el uno para el otro —comentó como si esa fuera la respuesta justa.

—¿En tu luna de miel? —volvió a preguntar Dafne cada vez más alucinada con la tranquilidad de su hermana.

—¿Quieres dejar de decir eso? Te repites mucho, Dafne —la regañó como si nada.

—Vale. Voy a intentarlo, pero no te prometo nada. ¿Sabes que probablemente tu matrimonio entre en el récord Guinness por ser el más corto de la historia? —le vaticinó Dafne.

—Ni siquiera he conseguido eso, lo he mirado. El matrimonio más corto se lo llevó una tal Sara que tras casarse se fue de luna de miel con el mejor amigo de su marido —explicó con un deje de tristeza.

—¡Definitivamente estás loca!

—Casi prefiero lo de «¿en tu luna de miel?» —refunfuñó Chloe molesta por la crítica. Si por lo menos hubiera conseguido el récord...

—Genial, porque tengo otra mucho mejor que te va a encantar, ¿lo sabe mamá?

—¡Cómo te pasas! —la acusó con los ojos abiertos por la sorpresa. Lo que menos esperaba de Dafne era que la traicionara de ese modo. Su madre era la última persona en

el mundo en la que le apetecía pensar.

—¿Qué yo me paso? Ahora mamá dejará de hablarme por tu culpa, seguro que cree que han sido mis ideas sobre el matrimonio, ideas que ella me ha inculcado, las que han hecho que tú, dejes a tu perfecto y adinerado marido. Y ya sabes que ella lo adora, ¡Dios! Si es al único hombre que soporta en todo el universo.

—No te preocupes por eso, en realidad voy a volver a casarme, algún día, cuando encuentre al hombre ideal para mí —explicó con ojos soñadores.

—Se supone que ya lo habías encontrado —comento Dafne ante la actitud infantil de su hermana.

—Eso creía yo... pero por eso estoy aquí, contigo. Vas a ayudarme a encontrar a mi marido ideal.

—Chloe, estás loca. Has cogido una insolación en el barco y por eso haces estas cosas tan descabelladas. No puede haber otra explicación —dijo mientras le posaba la mano sobre la frente.

—No, eres justo lo que necesito y tú me necesitas a mí...

—Ni lo sueñes —cortó su hermana.

—No seas pueril, deja que te explique mi plan —pidió empezando a enfadarse.

—¿Qué yo soy pueril? Perdona, pero la que hizo una boda fastuosa hace dos semanas fuiste tú, la misma que ahora se presenta en mi casa... —se cortó de repente—.

Por cierto, ¿cómo has entrado?

—Una señora mayor me vio abajo, me preguntó si era tu hermana, le dije que sí y me invitó a su casa. Luego me dio esto —dijo señalando el llavero de Dora Exploradora—, y me aconsejó que te cuidara un poco porque eras un desastre y *voilà*. Esa es la idea. Hasta que encuentre algún trabajo en Madrid, seré tu asistente, no, seré la asistente de tu asistente, seguro que Pablito estará encantado. Cocinaré, llevaré la casa, impediré que te quedes encerrada en el balcón —dijo esto último con guasa.

—Voy a matar a la vieja chismosa —gruñó Dafne.

—Eres mi hermana no me puedes dejar tirada, va contra la ley —se defendió.

—No te dejo tirada, deberías volver con tu marido...

—¡No puedo! —lloriqueó Chloe—. Me bajé del barco en Roma porque me lo encontré con otra. El muy cabrón se estaba tirando a Begoña en nuestra luna de miel —explicó llorando.

En ese momento Dafne hubiese cogido un helicóptero o lo que hubiese sido necesario y habría abordado el barco para cortarle las pelotas a su queridísimo cuñado.

—Tranquila cariño —la consoló mientras la abrazaba y le acariciaba los mechones rebeldes de su pelo corto—. Tranquila.

—Ni siquiera me has preguntado quién es Begoña —hipó su hermana.

—¿Quién es Begoña? —preguntó cansada. Chloe era capaz de controlar una conversación hasta en un momento como el que estaba viviendo.

—Begoña es la camarera del restaurante del barco. ¡Y pensar que me caía bien con su carita de buena!

—Nunca has tenido muy buen ojo para las personas —le dijo Dafne.

—Gracias por recordármelo en este momento —gruñó. Las dos se miraron un momento y comenzaron a reír sin poder parar, transformando su tensión en una risa liberadora.

—En realidad —dijo Chloe cuando se calmó—, tampoco está tan mal. Ahora me quedaré a vivir contigo en uno de los mejores barrios de Madrid y encontraré al marido ideal, fiel y rico, y tú tendrás comida en condiciones y asistente personal, por supuesto solo hasta que encuentre trabajo.

—Por supuesto —confirmó Dafne.

—¿Eso es un sí? —preguntó esperanzada.

—¿Se me permite decir que no? —interrogó conociendo de antemano la respuesta.

—La verdad es que no.

—Entonces es un sí. Venga vamos a comer algo, lo que sea que hayas hecho huele genial.

—¿Invitamos al policía a comer? —ofreció burlona su hermana.

—¡Voy a matar a la señora Aurora! Será chismosa.

—No la culpes a ella, sabes que se me da muy bien sonsacar información a la gente.

—Cierto. Te culparé a ti, pero después. Ahora si me das de comer eso que huele tan bien, te cuento los detalles que la señora Aurora no te ha contado.

—De acuerdo —dijo Chloe ya más tranquila—, pero quiero todos los detalles, no omitas nada.

Dafne emitió un gruñido poco femenino en respuesta.

—Por cierto, ¿lo del llavero de Dora es una señal para que el susodicho se dé cuenta de que estás interesada? Ya sabes, Diego. El primo de Dora, el que le acompaña en sus aventuras...

—¡Dios mío, estás chalada! ¿Cómo puedes ser tan retorcida? —se quejó.

—Con mucha práctica.

Y dicho esto se dio la vuelta muy digna y se metió en la cocina para apagar el fuego y servir la comida. Dafne siguió a su hermana en silencio. «¡Adiós tranquilidad!» se dijo, Chloe era peor que un tsunami, tenía tal energía que agotaba a todos los que estaban a su alrededor solamente hablando, pero lo peor de todo era que se iba a empeñar en hacer de casamentera con ella y el vecino, y gracias a la señora Aurora, conocía todos y cada uno de los encuentros y desencuentros de la pareja.

Capítulo 5

Varias horas después, Dafne se sentía tonta mientras esperaba a que Diego le abriera la puerta, «¿cómo no se me ocurrió pedirle el teléfono!?» pensó. Seguro que no estaba o peor estaba durmiendo y su interrupción lo pondría de mal humor.

Además no quedaba muy bien que estuviera allí para decirle que aceptaba realizarles las fotografías para el calendario. Si hubiese tenido su número, hubiese hecho que Chloe le llamara para comunicarle su decisión, eso hubiera sido lo más adecuado, dándole un toque más profesional a la situación y al mismo tiempo haciendo que su hermana se sintiera parte de su nuevo trabajo.

Se oyeron unos pasos y unos segundos después cómo le daban la vuelta a la llave, y ahí estaba Diego, en bermudas y con una camiseta de manga corta. Se le escapó la sonrisa al verle con ropa normal, era la primera vez que se lo encontraba así. Lo había visto con el uniforme, incluso sin camisa, pero nunca con ropa normal de calle y la verdad era que impresionaba bastante.

—Hola, ¿quieres pasar, Dafne? —le ofreció mientras se apartaba para dejarla entrar, aunque no lo suficiente

rápido como para que no se rozaran al hacerlo.

Iba a ser lo mejor, se dijo. Estaba casi segura que su querida hermanita estaba pegada a la mirilla de la puerta, intentando escuchar todo lo que decían. Si aceptaba su ofrecimiento y entraba en su casa, se iba a quedar con las ganas de saber de qué hablaban, además, ¡qué narices! Sentía curiosidad por ver su casa por dentro.

—Gracias.

—¿Te apetece una cerveza? —preguntó mientras se dirigía a la cocina girándose para ver si Dafne le seguía.

—Sí, gracias —contestó esta, mientras con su mirada fotográfica, tomaba nota de los detalles que conformaban su casa.

La cocina estaba decorada en tonos plateados, blancos y negros, a pesar de las baldosas oscuras y los electrodomésticos plateados, los armarios blancos, daban luminosidad a la estancia. Un enorme ventanal permitía que entrara la luz de la galería. Dafne se dio cuenta que Diego sabía cocinar. En un rincón de la amplia encimera había una gran colección de tarros de especias, y colgados sobre la isleta de la misma había cacerolas, pucheros... Pero sobre la encimera destacaba principalmente por su tamaño, una batidora XXL.

Diego le tendió una Mahou bien fría, que ella aceptó de buena gana. El líquido fresquito entró en su cuerpo relajando un poco la tensión que sentía en esos instantes,

fruto de la compañía y de la cafeína que contenía su sistema. Después de comer con su hermana, habían estado hablando sin parar de infinidad de cosas, y todo ello sin poder levantarse del sofá en el que se habían sentado después del café. Cada vez que había intentado moverse para ir a la cocina, su hermana la había retenido con algún nuevo tema de conversación o bien haciéndole sentir culpable por dejarla con la palabra en la boca.

—Verás, Diego —comenzó nerviosa, estar cerca de él ya la alteraba y si a eso le añadía que estaban en su casa los dos solos, pues de nerviosa pasaba a alterada, en el sentido figurado de la acepción—, he venido a decirte que acepto haceros las fotos para el calendario. Os las realizaré el viernes a las siete de la mañana, me gusta la luz matutina, es perfecta para hacer fotografías —explicó con ojos brillantes.

—De acuerdo, como tú digas, eres la jefa. Muchas gracias por aceptar —dijo. Parecía sorprendido de no recibir una negativa.

—Solo una cosa más —comentó mientras se levantaba del taburete en el que se había sentado para tomarse la cerveza—. Os haré las fotos, las digitalizaré, borraré imperfecciones y os las enviaré. El calendario es cosa vuestra. Yo solo me encargo de la parte artística.

—Claro, claro. Lo entiendo y te lo agradezco. Supongo que lo demás lo podrá hacer cualquier compañero

o podemos mandarlo a algún sitio para que lo hagan.

—Bien, pues entonces nos vemos el viernes —se despidió Dafne, con tan mala suerte que al hacerlo golpeó con el pie el taburete en el que se había sentado y, al intentar evitar que cayera al suelo, le dio un codazo al botellín de cerveza y este se deshizo en mil trocitos diminutos de cristal. Dafne no sabía dónde esconderse, avergonzada por su torpeza, los restos del líquido ambarino que no había bebido se habían desperdigado por el suelo junto a los cristales. ¡Menudo desastre había ocasionado!

—Lo siento Diego, dame una escoba y te recogeré el estropicio —le pidió muy sería con las mejillas coloradas por la vergüenza.

—Tranquila, no te preocupes —dijo él, mientras se encaminaba a la galería a por la escoba y el recogedor.

¡Dios! Por qué tenían que pasarle a ella estas cosas tan humillantes, con la de personas que había en el mundo y siempre le tocaba a ella meter la pata en los peores momentos.

Dafne se maravilló al ver a Diego escoba en mano, los movimientos de su cuerpo mientras barría estaban haciendo estragos en ella. Ese hombre era una cajita de sorpresas, guapo y eficiente escoba en mano, una verdadera joya. «Pero qué narices estoy pensando yo ahora», se regañó. «El poli solo me interesa para un ratito de felicidad, para guisar ya tengo a Chloe».

—Ya está, ¿ves que rápido? —le preguntó para que se sintiera mejor.

—De verdad que lo siento —volvió a disculparse.

—Ya te he dicho que no ha sido nada.

—Bueno, me voy antes que te rompa otra cosa —comentó Dafne sonriendo tímidamente, ya que no era una burda excusa sino la pura verdad.

Diego no dijo nada, simplemente le devolvió la sonrisa. Al cruzar el salón mientras la acompañaba hasta la puerta, Dafne se paró de golpe, haciendo que Diego chocara contra ella y que sus manos fueran a parar a su trasero en un intento por evitar el impacto.

—No puedo creer que tengas la colección completa —dijo ella de repente.

Diego levantó la vista del lugar donde segundos antes habían estado sus manos y miró en la misma dirección que ella.

En la estantería flotante que había sobre la enorme televisión de plasma, estaba la colección completa de Detectives Juveniles, la saga juvenil que su abuela había escrito hacía ya más de dos décadas. Una saga que todavía seguía editándose y que le rellenaba la cuenta bancaria cada seis meses.

—¿Te gustan? —preguntó divertido por su expresión maravillada.

—Por supuesto que me gustan, yo era su mayor fan,

por mucho que Chloe dijera que era ella y que Pablito se disfrazara como Lucas. Amanda Felt es una de mis escritoras favoritas, su saga nunca pasará de moda, aunque no haya vampiros —dijo en tono jocoso—. Los tres estábamos enamorados de Lucas, era muy inteligente y muy guapo —rió ante la idea, pensando que él no la comprendería.

—Bueno te lo agradezco —le contestó burlón

Ante la cara de desconcierto de ella, Diego se lo explicó.

—Amanda Felt era mi abuela. Murió hace seis años.

—Vaya que bocazas soy. Lo siento mucho —se disculpó por traerle a la memoria algo tan doloroso como la muerte de un ser querido.

—Tranquila, hace mucho tiempo. Además, has dicho que Lucas era guapísimo... ¿Y sabes una cosa? Mi abuela escribió ese personaje tomándome a mí como modelo, así que te perdono el recuerdo. Ya que me has subido el ego, por lo menos tres grados —dijo fingiendo seriedad.

—Pues me alegro mucho de haberte sido de utilidad —Dafne le siguió la broma, mientras retomaba el camino hacia la salida.

Él respondió con una sonrisa

—¿Por eso te hiciste policía? ¿Querías resolver casos como el personaje de tu abuela? —preguntó mientras recorría la distancia que la separaba de la puerta.

—Más bien era él quien quería resolverlos tan bien como lo hago yo, ¿no sabes que durante años fui la única persona que lograba encontrar las llaves de la señora Aurora?

—La señora A...

—No se lo digas o no me perdonará nunca —rió cortando su discurso.

—¡Vieja bruja! Y encima se ríe de mis pequeños cataclismos —comentó frunciendo el ceño.

—Bueno pequeños lo que se dice pequeños...

—Hasta el viernes, Diego. Me voy a ir antes de que me arrepienta de haberte dicho que sí —se despidió riendo.

—Nunca te arrepentirás de haberme dicho que sí —respondió él de un modo que parecía más una promesa que una realidad.

Capítulo 6

El viernes, puntuales como un reloj, llegaron los tres amigos hasta la comisaría en la que trabajaba Diego. Dafne iba pensando en las escenas que iba a fotografiar, barajaba diversas opciones que hicieran que el calendario fuera interesante, elegante y al mismo tiempo picante. Este último ingrediente era el que hacía que un producto como ese se vendiera o no. Chloe estaba nerviosa, porque su hermana había aceptado contratarla como chica para todo y esa era su prueba de fuego. Y Pablito iba pensando en sus cosas: unas ideas recurrentes en las que intervenían policías con uniformes, porras y esposas y que le rondaban por la cabeza desde los catorce años.

Una vez presentada toda la plantilla, Dafne pudo comprobar que durante sus «rescates» casi los había conocido a todos. Los estudió con aire profesional, había buen material para el calendario, lástima que las mujeres no participaran, hubiese sido una idea innovadora que el calendario fuera mixto.

Visualizó lo que quería hacer y se dejó a Diego, a su amigo Andrés y a Tomás para el final, sin duda eran los más atractivos. Les haría fotos individuales y se centraría en

agrupar a los otros para que salieran justos los doce meses del año.

Se negaba a fotografiar el típico calendario en el que los policías salían ligeros de ropa, sudorosos y sin fundamento. Llevaba desde el instante en que aceptó hacerlo dándole vueltas a la idea de hacer algo diferente. Todavía sin saber muy bien lo que quería, guiándose solo por su instinto, se volcó en su trabajo, aprovechó la primera luz en el patio de entrenamiento y después trasladó el escenario a los vestuarios, jugó con toallas y torsos mojados y sacó provecho de los cuerpos musculados de los modelos, centrándose más en la idea de sugerir que de enseñar. Todos se mostraron profesionales y poco pudorosos. Cuando hubo terminado de fotografiar a los grupos se centró en los otros tres.

En ningún momento perdió su aire profesional, mientras que Chloe y Pablo se removían incómodos en las banquetas. Parecía que fuera la primera vez que veían a hombres atractivos con poca ropa.

—Necesito... —se quedó callada pensando qué atrezzo pondría en la foto.

—Una porra —dijo Pablo mientras la miraba desafiante para que negara que era exactamente eso lo que necesitaba. Tanto Dafne como Chloe captaron el doble sentido de sus palabras.

—Sí, una porra y una gorra también —Ratificó ella

con las mejillas encendidas.

—Cuánto más grande mejor —comentó Pablo con cara de santo.

Chloe, a quien no se le había escapado la intención de su amigo al decirlo, soltó una fuerte carcajada, pero en cuanto su hermana la miró tan seria se calló de golpe. No era plan de molestar a la jefa el primer día de trabajo.

—¡Ya lo tengo! —exclamó eufórica—. Pablo, búscale a Chloe una camisa que le sirva, una gorra y unos pantalones de uniforme, va a salir en las fotos.

—¿Qué dices? —el horror era evidente en la chica.

—Una idea fabulosa —elogió Pablo que había comprendido la idea de su amiga—. Aunque yo también le añadiría una corbata, unos taconazos y una fusta.

—Me gusta, consíguelo —pidió sin perder su aire profesional.

Media hora después, Chloe apuntaba con su porra a Andrés, mientras iba subida en unos zapatos de tacón de aguja de quince centímetros. Dafne comenzó a lanzar fotografías a la pareja que conectó inmediatamente. La escena se volvió sexy y natural, el ambiente se cargó de electricidad y la fotógrafa consiguió la foto de portada que tanto había ansiado. Una imagen agresiva y sensual, pero principalmente erótica, acorde con la moda actual y la demanda, el calendario iba a ser un éxito, estaba segura.



Diego se sentía extrañamente nervioso, estaba casi desnudo frente a una mujer atractiva que parecía observarlo con lupa. El hecho que lo hubiera dejado para el final, no ayudaba mucho a tranquilizarlo. Tras la sesión de Andrés y Chloe, que había alterado los ánimos a todos, Diego era incapaz de apartar de su mente las escenas tórridas que saturaban su imaginativo cerebro, lo que le llevaba a que cierta parte de su anatomía, le estuviera jugando malas pasadas.

Intentando controlarse se dedicó a darle vueltas a otros temas menos peligrosos, pero que no se alejaban mucho del objeto de sus fantasías. ¿Por qué narices había elegido a Tomás y no a Damián, que estaba mucho más cuadrado? ¿Sería que Tomás le gustaba? Elucubró. Ya le había comentado en una ocasión que el rubio le atraía. En ese momento se lo había tomado a broma, pero ahora no estaba tan seguro de ello, aunque por otro lado, ¿qué le importaba a él que a ella le gustara su compañero?

El roce caliente de sus manos le sacó de golpe de sus divagaciones.

—¿Puedes recolocarte la toalla?

—¿Perdón?

—Necesito que se te vea un poco más la pelvis — pidió sin alterarse.

Era sorprendente ver cómo Dafne se transformaba cuando estaba trabajando, sus maneras eran seguras y decididas, y se notaba en todo momento que sabía lo que quería y cómo lo quería.

—Creo que será mejor que se la pongas tú, Daf — aconsejó Pablo—. Así seguro que queda exactamente como tú quieres que quede.

Diego se estremeció solo al imaginarse sus dedos rozándole la delicada piel de las caderas, de... «¡Mierda! Piensa en algo triste, piensa en algo triste...» se repitió intentando que su cuerpo no reaccionara.

—Sí, mejor. Diego, por favor, levántate.

Con la cara impasible y los dedos temblorosos, Dafne desenrolló la toalla de las caderas del hombre semidesnudo que tenía delante y volvió a ponerla de manera que dejara más piel al descubierto. El pequeño slip que llevaba no era suficiente como para ocultar las partes más notables de su más que notable anatomía. Estaba a punto de darse la vuelta y volver a su sitio cuando se atragantó con su propia saliva, y le sobrevino un ataque de tos tan fuerte que se tambaleó sobre sus pies, consciente de que el equilibrio no era una de sus habilidades se agarró a aquello que tenía más cerca... Diego dejó escapar un gemido que Dafne no supo dilucidar si fue de dolor o de otra cosa. Consciente de lo que estaba

asiendo, lo soltó tan rápido que cualquiera hubiera dicho que quemaba, y no hubiese ido muy errado, la parte del cuerpo de Diego que la había salvado de la caída estaba caliente y firme, muy, muy firme.

Tomó nota mental de que le debía una muy gorda a Pablo, por su culpa acababa de hacer el mayor ridículo de su vida, y el más placentero, volvió a tomar su cámara consiguiendo con ello olvidarse del calor abrasador que sentía.



—¿Cómo podemos pagarte por tu ayuda? —preguntó Diego, una vez terminada la sesión mientras la acompañaba al coche. La hermana de Dafne y Andrés iban detrás de ellos absortos en una conversación que duraba ya más de media hora. Seguían sonrientes y mirándose con ojos de cordero degollado, al parecer y sin proponérselo, había ejercido de celestina con la parejita estrella del calendario.

—Puedes invitarme a cenar —ofreció Dafne en un ataque de valentía.

—Hecho. Te recojo a las nueve —dijo Diego antes de que ella se arrepintiera de sus palabras—. Ponte cómoda, vamos a cenar a una tasca, no hace falta que te arregles mucho, el ambiente es informal, lo importante es la

comida.

—De acuerdo —aceptó mientras esperaba a que llegaran sus amigos.

Cinco minutos después, los tres amigos se marchaban a disfrutar de su fin de semana libre. Aunque Dafne no estaba tan impasible como cuando llevaba la cámara en las manos.

Capítulo 7

Pasaban tres minutos de las nueve cuando Diego llamó al timbre de Dafne, con el pelo húmedo, una camiseta blanca que marcaba sus brazos bronceados y unos vaqueros desteñidos. En cuanto esta abrió la puerta, Diego pudo oler el embriagador perfume que la envolvía, no había conseguido sacárselo de las fosas nasales en todo el día, incluso se cuestionó si todo se reducía simplemente a que se había obsesionado con el tema. Alejó de su mente ese pensamiento, para centrar toda su atención en la mujer que le sonreía.

Dafne iba tal y como él le había pedido, informal. Llevaba una mini vaquera que dejaba al descubierto sus bien formadas piernas, unos zapatos de cuña y un top de tirantes rojo. Le costó varios segundos recobrar la voz.

—Hola Diego, qué puntual —le saludó ella amablemente, ante el silencio de Diego.

—La puntualidad es uno de mis mayores defectos —contestó sonriendo.

—Querrás decir virtudes.

—No, defectos, algún día lo entenderás. De momento prefiero preservar la buena opinión que tienes de mí —

explicó fingiendo seriedad.

Ella rió y su risa, al igual que su voz, sonó ronca y sensual lo que consiguió que Diego volviera a centrar su atención en su acompañante.

—Estás preciosa, ¿nos vamos?

Tal vez si sus pies se ponían en movimiento conseguiría que su cerebro también lo hiciera.

Bajaron en el ascensor hasta el aparcamiento. El silencio fue roto por el pitido del coche cuando Diego le dio al mando a distancia abriéndolo antes de llegar. Amablemente le abrió la puerta a Dafne para que entrara y cerró tras ella. Una vez en marcha, Diego puso bajita la música y se estrujó la mente intentando encontrar un tema de conversación con el que apartar su atención de las piernas de su acompañante.

Al parecer la incomodidad era mutua porque fue ella quién inició la charla.

—¿Dónde vamos? —preguntó suavemente.

—A la tasca Casa Iñaki. Ya verás como te gusta — comentó divertido. Dafne tenía cero posibilidades de superar la prueba a la que sometía a las chicas con las que salía. Estaba harto de mujeres que se mataban de hambre para cuidar la línea. De señoritas que se creían lo más y que no eran capaces de comer en un bar normal y corriente en el que no se sirviera la comida en platos de porcelana con diminutas raciones.

—La conozco. Está muy bien —contestó tan feliz. Diego abrió mucho los ojos, sorprendido por su respuesta.

—¿Has estado allí? —preguntó todavía ojiplático.

—Sí, claro. Tienen unos callos estupendos. Fue uno de los primeros lugares que visité cuando empecé a salir por Madrid. Aunque desde entonces he ido varias veces más —explicó como si nada.

—¡Genial! Me alegra haber acertado —se limitó a decir totalmente asombrado. Dafne era sin duda como un huevo Kinder, dulce por fuera y con una sorpresa por dentro. Y la idea de ver lo que había dentro de ella le llamaba poderosamente la atención.



Cuando entraron a la tasca fue el propio Iñaki el que se acercó a saludarles, y Diego comprendió que Dafne había estado allí más veces de las que había confesado, ya que el dueño la saludó cariñosamente por su nombre. Incluso los sentó en su mejor mesa, hito que él jamás había conquistado a pesar de ser un cliente habitual.

Diego comprobó asombrado como Dafne no le hacía ascos a la comida y mojaba los callos con el exquisito pan de pueblo que servían allí. Después de hartarse a comer,

todavía le hicieron un hueco al postre. Si bien se negó a comer arroz con leche, no hizo lo propio con el flan de huevo que le trajo el camarero cortesía de Pura, la cocinera.

Durante la comida bromearon y charlaron de cualquier cosa, Diego descubrió que Dafne era una mujer sencilla que estaba donde estaba gracias a su trabajo y su esfuerzo, y Dafne obtuvo la respuesta a la pregunta que le rondaba desde hacía tiempo en la cabeza.

—¿Cómo es que vives en una zona como la nuestra? —pregunto curiosa.

—Mi casa es una herencia. Ya te conté que mi abuela era Amanda Felt —explicó Diego—. Es donde siempre he vivido, por eso conozco a todos los vecinos. De hecho mi abuela era íntima de doña Aurora —comentó, pero a Dafne se le encendió en seguida la bombilla.

—Así que fuiste tú quién le pidió a doña Aurora que se ofreciera a guardarme una llave de repuesto —adivinó

—Ya ves, deformación profesional. Después del segundo incidente pensé que necesitabas un poco de ayuda extra —bromeó él.

—Gracias, la verdad es que me ha venido muy bien en varias ocasiones. Lo único que no te perdono es que por tu idea, tenga metida en casa a mi hermana de forma indefinida.

—Ya será menos, parece encantadora —comentó

amablemente.

—Tú lo has dicho, parece —sentenció—. Te perdono si me prestas los dos últimos libros de la colección Detectives juveniles. Nunca pude hacerme con ellos.

—Dalo por hecho —concedió Diego riendo por la ocurrencia.

—Entonces, puedes considerarte perdonado —dijo ella muy seria.

—¿Sabes? Todavía me emociona que mi abuela tenga tantos admiradores. Siempre he sentido que mientras Lucas North viva en el recuerdo de sus lectores, de alguna manera ella también lo hará.

—Eso es muy bonito.

Diego rió entre divertido y desconcertado.

—Pareces sorprendida. Mi ego acaba de descender en picado —se quejó sonriendo.

—Te tengo calado, señor policía. He descubierto que tu ego es muchísimo más resistente.

—¿En qué te basas para decir eso? —Dafne acababa de lanzarle el anzuelo y él estaba más que dispuesto a picar.

—Para empezar... —se sonrojó sin poder continuar la frase.

—¡Dímelo! No puedes dejarme así.

—Te he visto casi desnudo. Sé de primera mano que tu ego es indestructible —confesó con timidez.

—No te entiendo.

—¿Buscas halagos?

—Hombre, nunca vienen mal, sobre todo si te los lanza una chica preciosa y sexy.

—Dios mío, eres mucho más seductor de lo que había imaginado —se rió Dafne—, y eso te hace aún más peligroso.



Eran las tres de la madrugada cuando regresaron a casa, seis horas después de encontrarse en la puerta de Dafne, y ninguno de los dos podía dejar de hablar. Ella le había invitado a cenar al día siguiente, esta vez iba a ser Dafne quien eligiera el restaurante. Consciente de que ni el lugar ni la comida elegida por él eran habituales para una primera cita, había decidido que le tocaba a ella mover ficha y estaba dispuesta a mostrarle que en cuestión de extravagancias, ella era una experta. De hecho, ya tenía pensado incluso el menú. Iba a llevarlo a Casa Francese para que se comiera una caragolà, si él le había dado callos, ella le iba a dar caracoles. Y a ver quién probaba a quién.

Diego había aceptado la salida solo si era él quién conducía. Después de los dos traspies que Dafne había dado durante la velada, había llegado a la conclusión de que era incapaz de no accidentarse al menos una vez al día. Y la

idea de dejarla conducir no le atraía lo más mínimo.

—¿Y se puede saber qué tienes en mente para mañana?
—interrogó mientras inconscientemente alargaba la mano para agarrarla por el brazo cuando ella se tambaleó sobre sus cuñas.

—La verdad es que no, vas a tener que esperar. Es una sorpresa —dijo con una sonrisa maliciosa en sus labios. Había tenido suerte que a ella le gustaran ese tipo de comida y que se adaptara a cualquier ambiente porque, ¿qué clase de cita le había organizado?

Diego se quedó parado embelesado en su sonrisa malévol. Sus labios carnosos y rosados le atraían poderosamente. Sin pensar mucho en dónde estaban se lanzó a devorar su boca en el ascensor que les llevaba hasta su planta. Ni siquiera fue capaz de aguantar el tiempo suficiente para abrir la puerta y dejarla salir.

Dafne, aunque al principio pareció sorprendida por el sensual ataque, se recobró rápidamente y le devolvió el beso con las mismas ganas con las que lo recibía. Anhelando sentirle se pegó a su cuerpo y se agarró a su cuello mientras sus lenguas se enredaban ansiosas.

Diego la aplastó contra el espejo del ascensor mientras no dejaba de devorarla. Dafne era sabrosa y adictiva, su boca, la delicada zona de su garganta... Con ansia difícilmente contenida elevó las manos hasta sus pechos que subían y bajaban rápidamente acompasados a su

respiración jadeante.

Tembloroso por el deseo que le corría líquido en las venas, separó la tela de su camiseta y hundió los dedos en la cremosa tez que escondía el sujetador. El gesto endureció la sensible piel, que absorbía ávida cada caricia que él le dedicaba. Dafne había dejado de pensar, solo podía sentir el sabor del hombre que la tenía entre sus brazos, su calor y la presión de su duro cuerpo sobre el de ella, más menudo y suave, pero igual de ardiente y necesitado.

Estaban a punto de fallarle las rodillas cuando el ascensor se puso en movimiento y los bajó de nuevo hasta la planta baja. Diego se separó de Dafne confuso, todavía perdido en la neblina roja de su deseo, mientras las caras sonrientes de Chloe y Pablo les saludaban algo achispadas.

—Hola chicos, he venido a acompañar a tu hermana para dejarla sana y salva en casa. Para que veas lo buen amigo que soy —explicó Pablo sin percatarse de lo inoportuno de su llegada.

—Esperamos no haber interrumpido nada importante —dijo Chloe fingiendo inocencia.

—Tranquila, ya nos íbamos a dormir. Sube con nosotros y así Pablo no tendrá que molestarse en acompañarte —ofreció Diego.

—¡Qué buena idea! —aceptó encantada.

«¡Víbora!» pensó Dafne. Estaba segura de que su

hermana sabía perfectamente lo que habían estado haciendo, por mucho que ahora fingiera inocencia.

—Sí, a dormir —corroboró Dafne echando chispas por los ojos al tiempo que observaba a Chloe parada en la puerta del ascensor con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Buenas noches, Pablo —se despidió Chloe.

—Buenas noches. Nos llamamos mañana —se despidió su amigo ajeno al drama familiar.

—Buenas noches.

Dafne no respondió, estaba demasiado alterada para hacerlo.

De manera que los tres se metieron en el ascensor, evitando mirarse e intentando recobrar la compostura tras el momento interrumpido.

—Buenas noches, Diego —se despidió Chloe una vez fuera del ascensor, pero sin hacer ningún movimiento que pudiera dejar a su hermana y al vecino nuevamente a solas. Por lo visto no pensaba entrar hasta que lo hiciera ella.

—Buenas noches, señoritas —respondió este con una sonrisa forzada en los labios.

—Señora y señorita —aclaró Dafne clamando venganza—, mi hermana es una mujer casada —remató la hermana mayor.

—¡Oh! —se sorprendió Diego—. Pues buenas noches, señora —dijo inclinándose sobre Chloe—.

Señorita —se despedió de Dafne guiñándole un ojo—, hasta mañana —abrió la puerta y entró dispuesto a darse una ducha helada que le bajara el calentón *interruptus*.

—¿Por qué se lo has dicho? —preguntó Chloe en cuanto su hermana cerró tras de sí—. Ahora se lo dirá a Andrés y se acabará todo antes incluso de haber empezado.

—¿Cómo has podido tú interrumpirme en el mejor momento de la noche? —la acusó Dafne—. Podrías haber entrado en casa y haberme dejado a solas con él o haber usado las escaleras... Pero no... tú tenías que intervenir.

—Lo he hecho por ti. Estabais a punto de meteros en la cama —declaró con convicción.

—¿Y qué hay de malo en eso? El sexo es la consecuencia habitual entre dos personas que se sienten atraídas. No seas puritana, Chloe, no te pega.

—No lo soy. Es solo que era vuestra primera cita. Si te hubiera dejado que lo hicieras se habría llevado una idea equivocada de ti y no te interesa.

—¿Qué idea? ¿Que quiero acostarme con él? Pues despierta hermanita, es que quiero acostarme con él —reconoció por primera vez en voz alta.

—No se trata de eso. Creerá que quieres sexo y nada más —se defendió.

—Es que eso es exactamente lo que quiero de él. Sexo y nada más. No busco ninguna relación. A ver si por fin lo entiendes. No soy como tú, el matrimonio no me

interesa y no tengo tiempo para relaciones serias.

—Pero si es perfecto para ti. Guapo, inteligente, educado. Además es moreno y a ti te gustan los morenos y si hablamos de sus ojos color miel, ¡pero si es lo que siempre has buscado en los hombres!

—No hermanita, los morenos te gustan a ti, tú sabes que prefiero a los pelirrojos —comentó enfadada.

—Eso lo dices porque casi no hay hombres pelirrojos. Pero casi todos tus ligues han sido morenos. Siento decepcionarte pero a mí no puedes engañarme, he vivido contigo.

—¿Sabes, Chloe? no me lo recuerdes, no es que seas una gran compañera de piso, y si sigues tocándome las narices te haré volver con mamá o mejor con tu marido — si eso era lo que le iba a esperar con su hermana en casa, iba apañada.

—No lo dices en serio, en el fondo me quieres.

—No tientes a la suerte —gruñó mientras cerraba de un portazo su dormitorio. Por culpa de su entrometida hermana se iba a la cama sola y con la cabeza llena de imágenes de lo más sugerentes. Ya podía esforzarse mucho en el desayuno del día siguiente si quería que la perdonara. La interrupción de esa noche le iba a costar como mínimo una ración de tortitas y unos *cupcakes*.

Capítulo 8

Dafne se despertó el sábado por la mañana con el olor a tortitas en la nariz, su hermana había dejado la puerta de su dormitorio entreabierta para que le llegara el olor. Era su particular manera de pedir disculpas por la interrupción de la noche pasada.

Se levantó como un resorte cuando al olor de las tortitas se le unió el del chocolate recién hecho.

Descalza se asomó a la cocina, Thor jugueteaba con su pelota favorita y gruñía cuando se le escapaba de la boca, que era la mayoría de las veces, la pelota era demasiado grande para él aunque, bien mirado, cualquier juguete era demasiado grande para él.

—Buenos días cosita —le saludó su dueña.

—No te ofendas, pero prefiero que me llames Chloe. Incluso te permito hermanita... Pero *cosita*... La verdad es que no me pega nada —bromeó intentando descubrir el humor en que se había levantado su hermana.

—¡Qué graciosa! Has equivocado tu vocación, en lugar de repostera, tendrías que haber sido cómica. Te va mucho más —contestó Dafne, aún molesta por el episodio de la noche anterior.

Ignorando la pulla de su hermana pasó delante de ella con una bandeja de deliciosas tortitas, provocando la reacción que había buscado, que Dafne la siguiera hasta el comedor.

—Siéntate y come, a ver si después eres capaz de decir algo agradable —le pidió Chloe.

Cinco minutos después y sin haber pronunciado una palabra, ya había engullido tres tortitas y el tazón de chocolate. Estaba sudando como nunca, pero se sentía encantada de la vida. Animada por el azúcar y de mejor humor, se ofreció a abrir la puerta cuando llamaron insistentemente al timbre, no obstante, al hacerlo se quedó paralizada sin saber muy bien cómo actuar o qué decir.

Su queridísimo cuñado, el mismo que había engañado a su hermana durante su luna de miel, estaba parado frente a ella con una sonrisa hipócrita en su boca mentirosa y traidora. Tuvo que hacer auténticos esfuerzos para no darle una patada donde estaba segura que más le iba a doler:

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con una mirada fulminante.

—Sabía que iba a venir corriendo a pedirte socorro, quiero hablar con mi mujer —exigió poniéndose gallito.

—Márchate, aquí no hay nada para ti —le contestó airada.

—No te entrometas cuñadita, es mi mujer y se viene conmigo —dijo mientras intentaba hacerla a un lado y

entrar en la casa.

—Me parece que no —respondió mientras escuchaba el gritito de sorpresa que dio Chloe al verle.

—¿A qué has venido, Ángel? Creía que te había dejado claro antes de irme que no quería volver a verte si no era delante de un juez y para firmar el divorcio.

Dafne se retiró de la primera fila, sin marcharse, alerta por si tenía que intervenir para proteger a su hermana. Otro matrimonio que se iba a pique, si ya sabía ella que la institución era arcaica y caduca.

—Es evidente que he venido a por mi esposa. Si me dejas pasar, lo podemos hablar tranquilamente los dos solos —dijo lanzándole una mirada significativa a Dafne.

—Ya te he dicho que no quiero saber nada de ti —insistió Chloe—. ¡Quiero el divorcio! Y ya de paso que te vayas de aquí —añadió cada vez más segura de sí misma.

—No te voy a poner fácil el divorcio. De hecho no nos vamos a divorciar. ¿Cómo crees que se va a tomar mi familia el que quieras divorciarte a menos de dos semanas de casarnos? —preguntó con la vena de cuello hinchada y palpitante.

—Ese no es mi problema, habértelo pensado antes de bajarle las bragas a Begoña —le gritó en su cara.

—Sabes que no me gusta que hables así —la regañó como si tuviera algún derecho para hacerlo.

—Será mejor que te marches —intervino Dafne que

ya no podía aguantarse más las ganas de golpear a Ángel.

—Me iré cuando me dé la gana —le soltó a dos centímetros de su cara.

Justo en ese momento salía Diego de su casa, dispuesto a marcharse a jugar a squash con Andrés, cuando se encontró con las dos hermanas en la puerta de casa, en pijama y al parecer peleándose con un trajeado y engominado capullo que estaba parado frente a ellas.

—¿Pasa algo? —pregunto preocupado acercándose a ellas.

—Nada —contestó Chloe—, Ángel ya se iba.

El susodicho no tuvo más remedio que asentir si quería evitar un escándalo, y sin ninguna duda eso era lo que quería.

Con una mirada resentida a Chloe y una asesina a Dafne, se despidió con un gesto de la cabeza. No sin antes informar a su esposa que iba a estar tres días más en Madrid y que podía encontrarlo en el hotel Madrid Tower.

Cuando el ascensor se cerró con él dentro, las dos mujeres suspiraron aliviadas. Chloe entró en casa después de agradecerle a Diego su ayuda, dejando a la pareja a solas como una especie de tregua por el apoyo recibido.

Dafne había estado tan alterada que no se había dado cuenta que iba en camisón y descalza. Se abrazó el cuerpo para ocultarse con los brazos y reiteró el agradecimiento de su hermana.

Cuando Diego pregunto la razón de su malestar, le contó lo que había sucedido por encima, sin entrar en los detalles por los que su hermana había abandonado a su marido en plena luna de miel. Con un tímido beso en la mejilla se despidieron hasta la noche.



Dafne estaba preocupada por el efecto que la visita habría hecho en su hermana, mientras que Diego planeaba contarle a Andrés que Chloe estaba casada, ya que su amigo se había quedado muy impresionado con la chica cuando la conoció el día anterior.

—¿Estás seguro que te dijo que era el marido? — volvió a preguntar Andrés al tiempo que le pegaba con todas sus fuerzas a la pelota.

—Ya te lo he dicho, Dafne me dijo ayer que estaba casada y hoy me he encontrado al marido en la puerta de su casa. Pero para que te tranquilices te diré que no parecían muy contentas de verle.

—¿Crees que se están divorciando? —preguntó esperanzado.

—Yo diría que sí.

—Entonces no es tan malo como parecía —comentó Andrés menos alterado.

Desde el día anterior no había podido dejar de pensar en la chica de pelo corto y negro que lo había atraído con su vivacidad y su animada conversación. La imagen de ella con los interminables tacones, la camisa y el pantalón del uniforme le había atormentado durante toda la noche. De hecho en esos momentos tan solo el ejercicio le permitía seguir con su vida normal. Y es que Chloe le había calado hondo desde el instante mismo en que se vieron, por eso cuando Diego le había dicho que estaba casada, se le había caído en mundo encima. Desde su ruptura con Alejandra, no había vuelto a interesarse por ninguna mujer. Y ya era mala suerte, que la primera que de verdad lo atraía en muchos aspectos y no solo en el sexual, estuviera casada.

Capítulo 9

—No tenéis excusas chicas. Bueno tú sí —aceptó Pablo señalando a Dafne—. Has quedado con el policía, otra vez —añadió arqueando una ceja—, pero tú te vienes con nosotros, ayer lo pasé estupendamente y quiero repetir —le dijo a Chloe sin darle muchas opciones para negarse.

—La verdad es que no me apetece salir hoy —se quejó esta. Después de la visita de su marido, el día se le había hecho cuesta arriba.

Tenía la seguridad que Diego le iba a contar a Andrés su penosa situación sentimental, y si lo hacía como era lógico entre amigos, perdería la posibilidad de conocerle más y era en lo único en lo que pensaba desde el momento en que le vio ligerito de ropa, pero con una sonrisa impresionante en los labios. Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal al recordar su planta con las manos a la espalda intentando taparse su magnífico trasero mientras unas esposas le sujetaban las muñecas.

—¡Chloe, despierta! —exigió Pablo—. Y límpiame las babas que le estás poniendo el suelo perdido a tu hermana.

—¡Qué gracioso eres!

—¿Verdad que sí? Esa es otra de mis numerosas

virtudes. Venga, nos vamos —le anunció asiéndola amorosamente del brazo y haciéndole una seña a David para que se pusiera en marcha.

—¡Pasadlo bien, chicos! —les deseó Dafne.

—Eso seguro, no tendremos una noche ardiente como la tuya, pero lo vamos a pasar de miedo —le guiñó el ojo y salió de allí con Chloe casi arrastras que se debatía entre proteger a su hermana de sí misma o marcharse y desconectar de la martirizante visita de Ángel.



Dafne agradeció que cuando Diego llamó a la puerta de su piso, Pablo, Chloe y David ya hiciera horas que se habían marchado. Mientras sus amigos habían estado allí, había fingido poco interés en su cita, pero en cuanto escuchó que cerraban la puerta se abalanzó sobre su armario en busca de algo que ponerse. Se decidió por un conjunto de ropa interior negro de La perla, lo más importante del atuendo, y finalmente optó por el total black, con un vestido palabra de honor que marcaba su cintura en contraste con el vuelo de la falda.

Una vez decidida la ropa, se metió a toda prisa en la ducha. Quería tener tiempo para retocarse la pedicura y maquillarse tranquilamente. Y es que por mucho que

intentara no pensar en ello, la cita la tenía todo el día en las nubes, ni siquiera su incómodo encuentro con su cuñado había conseguido borrarle la risita boba de los labios, cada vez que se acordaba del beso robado en el ascensor la noche anterior.

Estaba claro que ese hombre sabía lo que se hacía, «¡vaya si lo sabe!» pensó otra vez con la sonrisita.

Cuando abrió la puerta de su piso, se encontró con un Diego sonriente y tremendamente atractivo. Cerró la puerta tan deprisa, abrumada por lo que veía, que olvidó echar la llave. Diego vestía una camiseta amarillo pálido y unos vaqueros negros que se le ajustaban a la perfección a la parte de atrás de su cuerpo, Dafne se quedó en la puerta solo para verle pasar y contemplarlo con más tranquilidad.

No hizo falta que hablaran sobre cancelar la cena, ambos se habían olvidado de nada que no fueran ellos mismos.

—Espero que no salga nadie del ascensor, porque no puedo pasar otra noche como esta —comentó Diego mientras abría a toda prisa la puerta de su casa. En un acuerdo no verbalizado ambos habían aceptado que era allí adónde iban.

Dafne se colgó de su cuello, ávida por tocarle, por sentir la calidez de su piel. ¡Para qué me habré molestado tanto en arreglarme si lo que quiero es quitarme toda la ropa! Pensó sonriendo.

—¿Cómo has pasado la noche? —preguntó retomando el hilo de la conversación al tiempo que paseaba los labios por su cuello.

—No he podido pegar ojo, menos mal que he podido desfogarme con la raqueta.

Diego cerró la puerta con el pie y la conversación se terminó repentinamente. Dafne tiraba de su camiseta impaciente por sentirle, y Diego, todavía más impaciente, le pasó los brazos por detrás de sus rodillas y la llevó en volandas hasta su dormitorio. Una vez allí la volvió a dejar en el suelo, pero ella intentando colocarse a su altura se descalzó y se subió a la cama. Cuando la vio de rodillas frente a él, estuvo a punto de sufrir un infarto, la imagen era lo más erótico que había visto en su vida...

Se quitó a toda prisa los zapatos y los pantalones y se acercó a ella, tan nervioso y excitado que parecía su primera vez. La visión le aceleraba el pulso y hacía que su sangre rugiera clamando acción. Se deleitó en la expresión fascinada con que ella contemplaba su cuerpo y se acercó hambriento a devorarla lentamente. Notó que la respiración de ella era irregular sin siquiera tocarla, despacio y sin perder el contacto visual avanzó los escasos metros que lo separaban de ella.

Dafne no podía apartar la mirada del atlético cuerpo masculino que tenía delante. La mirada de él era calculadora y sexy, como si por su mente estuvieran

desfilando mil maneras distintas de pasar la noche. Si previo aviso se subió a la cama y asaltó sus labios mientras deslizaba sus manos por sus muslos desnudos, deleitándose con cada caricia que prodigaba y recibía del cuerpo femenino, la falda del vestido se había subido lo suficiente como para que Diego pudiera acariciar cada centímetro de su cuerpo en llamas.

La empujó suavemente para que se tumbara en la cama y se quedó mirándola desde arriba apoyando su peso en sus brazos

—Tenemos un problema —dijo misterioso

—¿Qué?

—Llevas demasiada ropa.

—Estoy de acuerdo —aceptó ella tirando del bajo de su vestido para sacárselo por la cabeza, tras él se desató el sujetador, y con una actitud seductora lo dejó caer al suelo.

Dos segundos después solo llevaba puesto un tanga diminuto que hizo que a Diego se le secara la garganta.

—¿No crees que vamos demasiado deprisa? —preguntó sorprendido por su rápida aceptación.

—En realidad creo que vamos muy despacio para mi gusto. Llevo desde ayer pensando en ti —confesó sin ningún tipo de pudor.

—No te pareces a nadie que haya conocido.

Dafne tenía una réplica ingeniosa que no llegó a pronunciar, él se inclinó sobre ella y acalló sus palabras

con un beso hambriento.

Diego dejó sus labios y siguió besando la comisura de su boca, su mejilla, la garganta y la clavícula. Siguió bajando y se llevó el duró pezón a la boca. A Dafne se le escapó un gemido de placer.

Mientras su boca jugueteaba con sus pechos, sus manos hacían lo propio con sus muslos y su trasero. Se demoraba en su cuerpo chupando, lamiendo y mordiendo y Dafne se desesperaba más y más. En un ataque de lucidez llevó la mano a sus boxers para liberar aquello que tanto deseaba sentir dentro de ella.

Un gruñido de sorpresa y excitación surgió de la garganta de Diego que dejó de besarla para mirarla a los ojos.

—No puedes esperar, ¿verdad?

—No —confesó.

Aún no había terminado de aceptar su impaciencia cuando él ya le había quitado el tanga y tiraba de sus calzoncillos. Echándose encima literalmente de ella abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un preservativo.

Dafne tembló de anticipación y deseo.

—Yo tampoco puedo esperar. Luego repetimos con más calma —dijo él.

La sonrisa de Dafne fue una luz brillante en la penumbra del dormitorio.

—De acuerdo.

Diego tiró con suavidad de sus tobillos y la llevó hasta la orilla de la cama, se arrodillo entre sus muslos y la poseyó de un solo envite. Todo lo que había planeado desapareció de su mente cuando estuvo dentro de ella. La necesidad lo absorbió, se olvidó de todo menos de la mujer que estaba debajo de él y marcó un ritmo vertiginoso que no tardaría en llevarlos a los dos al límite.

—No quiero una relación seria —exclamó Dafne intentando hablar coherentemente.

—Yo tampoco, ¿pero te parece buen momento para que lo hablemos?

—Quería dejarlo claro antes de que profundizáramos más.

—Te aseguro que es imposible que profundicemos más —murmuró con un último envite.

El clímax fue tan brutal que ninguno pudo moverse hasta varios minutos después.

—Como sea siempre así voy a morir muy pronto.

—Humm.

—No me quejo —dijo Dafne—. Será una buena muerte.

—Tienes toda la razón —concedió Diego mientras la asaltaba con más calma.

Capítulo 10

Dafne se despertó en plena madrugada con la intención de huir sigilosamente, el problema era que como buen policía, Diego tenía el sueño ligero y el oído alerta.

—¿Dónde vas a estas horas? —preguntó somnoliento, apenas hacía unas horas que se habían dormido.

—A casa.

—¿Ahora mismo?

—Creí que habíamos acordado que entre nosotros no había nada serio —comentó Dafne un poco más alterada de lo normal.

—Entiendo, y el hecho de quedarte a dormir conmigo crees que es demasiado serio para nuestra relación —aventuró Diego que ya iba comprendiendo por dónde iba el razonamiento de Dafne.

—Sí.

—Bueno, pues no te preocupes, no es así.

Ella se quedó mirándole a la espera de que siguiera con su explicación, pero Diego se volvió a tumbar sin añadir nada más.

—¡Diego!

Asombrosamente este se había vuelto a quedar

dormido en cuanto posó la cabeza sobre la almohada.

—¿Qué pasa?! —preguntó desorientado.

—No has terminado de explicarme por qué no es mala idea que me quedé a dormir —comentó Dafne cada vez más exasperada.

Diego sonrió pícaramente

—Porque me levanto con un humor excelente. Por eso Dafne, por qué iba a ser si no, venga duérmete que en unas horas quiero demostrarte lo veraces que son mis palabras.

Dafne se calló y se tumbó con la mente dando vueltas a las palabras de Diego. Él por su parte ya no pudo volver a dormir. Nunca tenía ganas de levantarse junto a la mujer con la que se había acostado la noche anterior, pero con Dafne la cosa cambiaba. Se había dado a sí mismo las mismas razones que había intentado venderle a ella, que el sexo mañanero era espectacular, pero mientras que con ella había funcionado la mentira, él era consciente que había algo más tras su interés en que se quedara... Se apretó contra el hueco de su espalda y dejó que pasaran las horas.

Dafne abrió los ojos en la oscuridad y antes siquiera de terminar de despertarse su corazón comenzó a latir acelerado. El recuerdo de una promesa se abrió paso en su obnubilada mente:

«Me levanto con un humor excelente».

La voz ronca de Diego sonaba en su cabeza con todos

los matices que habían hecho que, en contra de su costumbre, bajara las defensas y se quedara a dormir con él.

Remoloneando en la cama comenzó a moverse, desperezándose. Se apretó contra el cuerpo cálido que yacía pegado a su espalda, y notó el momento exacto en que el buen humor de Diego se activó.

—Buenos días —saludó él con la voz pastosa por el sueño.

—Humm. Todavía no, pero prometen serlo —contestó ella con picardía.



—Chloe, estás loca. No va a colar. Yo no sé ser un heterosexual normal.

—Por Dios, Pablo, no seas quejica.

—No soy quejica, es la verdad. Además es imposible que se lo crea, estuve en tu boda con David y no fuimos precisamente discretos.

—Pues fingiremos que nos van los tríos —se burló Chloe.

—Empiezas a darme miedo. Quiero que lo sepas.

Chloe hizo un puchero exasperada por la negatividad de su amigo que normalmente era más decidido.

—Pablo, no seas ave de mal agüero. Tú solo cógeme de la cintura y finge que soy David. Ya verás que todo sale genial.

—Fingiré que eres Evelyne que te pega más. Lo de que vaya a salir bien, será si tu marido no decide usarme como sparring —se quejó Pablo por quejarse, tampoco es que él fuera escuálido y sin fuerza. Al fin y al cabo, ambos sabían que si bien Ángel hacía ejercicio asiduamente, Pablo le superaba en estatura y masa muscular.

—¿Y si no funciona? —preguntó Chloe de repente indecisa.

—Funcionará.

—¿Cuándo nos hemos cambiado los roles?

—Cuando me has obligado a ser un heterosexual normal dominado por la testosterona —contestó irguiéndose.

—Me gusta tu nuevo tú.

Pablo arqueó una ceja en actitud beligerante.

—No quería decir que no me gustara el antiguo.

—Mejor no digas nada más.

Sin añadir nada más, entraron en el hotel y tras preguntar en recepción, el empleado se comunicó con Ángel que les invitó a subir.

No fue necesario que llamaran, la puerta estaba abierta y pasaron en silencio.

—Sabía que vendrías a mí —se jactó su marido sin

siquiera volverse a mirarla, demasiado preocupado en su iPhone como para atender a su mujer.

—Puede ser, pero he venido con mi amante —la voz le tembló al nombrar la última palabra.

La reacción de Ángel fue instantánea. Dejó caer el móvil sobre la cama y se giró para encarar a su esposa.

—¿Amante? ¿Pablo es tu amante? Pero si es gay

—En realidad soy bisexual y ahora mismo estoy con Chloe. Nos gustan los tríos —dijo nervioso.

Chloe le lanzó una mirada fulminante a su amigo, que parecía realmente impresionado.

—¡Zorra! —espetó Ángel ante lo que acababa de escuchar.

—¿Quién, tú o mi novia? —preguntó Pablo recobrando el aplomo—. Porque si después de todo te va ser el tercero en discordia, quizás Chloe y yo tengamos una vacante para ti, ¿verdad cariño?

—Mejor no, cielo. Es un amante pésimo y además tiene lorcillas.

—Pues no, por ahí no paso —se quejó Pablo sacando a relucir su vena exagerada.

Chloe le lanzó una mirada significativa, para que recuperará su nuevo yo.

—Resumiendo Ángel, tú tienes una amante, yo tengo un amante. De manera que este matrimonio es absurdo. Me da igual lo que le digas a tu madre, lo que quiero es el

divorcio.

—¡No te voy a dar el divorcio!

—Sí que lo harás.

—Puedes apostar a que no —las palabras fueron escupidas con odio.

—Puedes apostar a que sí. Si no me das el divorcio le diré a tu madre y a todo aquel que quiera escuchar, que la razón por la que quise separarme de ti fue porque te encontré en la cama con Pablo.

—Pero niña, ¿no dices que no es buen amante? —se quejó su amigo.

—¡Pablo!

—Vale, pues nada, me lo monté contigo Ángel. ¿Y qué quieres que te diga? No es que me lo pasara muy bien...

—¡Estáis locos!

—Puede, pero, ¿cómo crees que le sentará a la bruja intolerante de tu madre saber que te acuestas con hombres?

—Y que además eres incapaz de complacerles —apostilló Pablo.

—¿Y por qué tendría que creerte mi madre?

—Esa es la mejor parte. ¡Tenemos fotografías! Aquí mi amigo es un as del *Photoshop*, están tan bien hechas que nadie se dará cuenta de que son un montaje. Y, además, está el recepcionista que tan amablemente nos ha invitado a subir hasta tu habitación. Seguro que es capaz de repetirlo delante de un juez.

—¡Zorra!

—Eso ya lo has dicho, y la verdad cielo, puede que tengas razón, porque estar con mi amante me aporta más placer que estar con mi marido.

—Te arrepentirás de esto —la amenazó con los ojos brillantes de rabia.

—No lo creo. De lo que me arrepiento es de haberme casado contigo.

—Seguramente porque eres un amante lamentable —dijo Pablo tomando de la cintura a Chloe y sacándola de allí —. Nuestro abogado se pondrá en contacto contigo.

Capítulo 11

—¿Sabes, Pablo? He estado pensando que quizás deberíamos aceptar el trabajo para Konnim. Podría ser interesante.

—¿Ahora quieres ir a Japón? Pero si me dijiste que no te apetecía viajar, que querías trabajar unos meses en casa.

—Bueno, pues he cambiado de opinión. Ahora me apetece salir y ver mundo. Pero si ya no puede ser Konnim, di que sí a Redline y listo.

—¿Londres? ¿Londres es tu idea de ver mundo? Te lo sabes de memoria.

—¿Por qué narices estás tan susceptible? Redline tiene su sede en Londres, y eso no es culpa mía —se defendió.

—¿Yo estoy susceptible? Tú, eres la que está susceptible. Y lo más desconcertante de todo es que de repente quieras irte del país a toda costa. Hace unos días me pediste un descanso, ahora ya no lo quieres... ¿Por qué no te vas a Valencia a ver a tu madre? Al menos dime porque tienes que buscarte un destino fuera de España. ¿Qué narices te pasa?

—No me pasa nada.

—Esa respuesta no me sirve. Dime la verdad.

—Insinúas que miento —Dafne buscaba cualquier salida que le evitara dar explicaciones.

—¿No lo haces?

—No.

—Si tú lo dices —aceptó Pablo. Conocía demasiado a su amiga como para saber que hasta que no le hubiera dado unas cien mil vueltas a la idea que le preocupaba no iba a decir nada al respecto.

—Lo digo.

Pablo se pasó las manos por el cabello. Cada vez más convencido de que a Dafne le preocupaba algo que tenía que ver con el vecino policía. Deseó que no se tratara del mismo mal que había aquejado a Chloe y que Diego a diferencia de Ángel fuera bueno en las cosas... importantes.

—¿Se puede saber por qué estamos discutiendo sobre trabajo un domingo por la tarde?, ¿dónde está tu policía? —preguntó dispuesto a descartar su hipótesis de que el culpable de la irritabilidad de Dafne fuera Diego.

—No es mi policía.

«¡Bingo!» se felicitó Pablo mentalmente.

—Eso explica tu malhumor —se burló.

Dafne ignoró el comentario, cogió el ipod y se dispuso a escuchar música mientras limpiaba y preparaba las fotografías para el calendario. La conversación de su amigo era demasiado molesta para el humor de perros que

tenía en esos instantes.

Pulsó el play y comenzó a sonar la primera pista con The Killers, «Here with me». Iba a pasarla para poner algo más movidito, cuando una estrofa atrajo su atención...

*You showed me your smile and my cares were gone
Falling in love filled my soul with fright*

*You said «come on babe, i'll be alright» Must have
been a fool till the bitter end*

*Now I hold on to hope that I'll have you back again
I'd bargain and I'd fight But there's another world
you're living in tonight*

—No sé qué estarás escuchando, pero debe de ser malísimo, solo eso justificaría la cara de horror que pones ahora mismo.

—No digas más tonterías, que desde que nos hemos sentado no has parado de decirlas —pidió levantándose del sillón y saliendo del despacho.

Había sido mala idea trabajar en las fotos del calendario solidario, no podía concentrarse mientras todavía sentía el cuerpo de Diego pegado a su espalda. Y cada imagen de las que le había tomado le traía a la mente cada una de las caricias que habían compartido apenas unas horas antes.



Chloe se debatía entre el nerviosismo y la euforia, sin terminar de decidirse por ninguna de ellas. Tras el numerito que habían protagonizado ella y Pablo esa misma mañana en el hotel de su marido, finalmente Ángel había aceptado divorciarse. Todavía no había llegado a casa de su hermana cuando Ángel ya le estaba llamando al móvil para aclarar su postura. Durante casi una hora habían mantenido una conversación que podía catalogarse como cualquier cosa, menos amistosa. Después de varias amenazas por parte de Chloe y alguna petición por la de Ángel, a la que había accedido sin consultar con la interesada, Dafne. Su marido había claudicado y estaba de acuerdo en tramitar un divorcio rápido e indoloro. Lo que no estaba tan claro sería si llegaría a ser una mujer divorciada, o si Ángel quedaría viudo cuando su hermana la asesinara al descubrir lo que Chloe la había comprometido a hacer.

«¡Esto hay que celebrarlo!» se dijo levantándose a por una de los deliciosos cupcakes que había horneado para relajarse. Iba a regresar al sofá a seguir viendo la caja tonta, su hermana y Pablo estaban encerrados en el despacho y David seguía durmiendo, por lo que ni siquiera había comido con ellos, cuando vio el libro que había comprado el mismo día en que llegó a Madrid a instalarse con su hermana mayor. Se había hecho con él para entretenerse mientras esperaba a que Dafne apareciera y le abriera la

puerta, Chloe no había contado con que una anciana le diera la llave y la invitara a desayunar en su propia casa poniéndola al día de los chismes más nombrados. Acomodándose se descalzó y se sentó sobre sus piernas en la alfombra, apagó la televisión y abrió el libro por la primera página. Si bien lo primero que le llamó la atención en la librería fue la cubierta, la sinopsis resultaba cuanto menos estimulante.

Pablo entró en el salón con la cara larga.

—Tu hermana está de un humor lastimoso. ¿Qué lees tú? ¿Y por qué estás tan colorada? —preguntó sin dar tiempo a Chloe a responder.

—Por nada, estamos en verano y hace calor.

—¡Oh Dios mío! ¿Estás leyendo lo que yo creo que estás leyendo?

—Eso parece, porque acabas de ponerte histérico — se burló apartando la mirada del libro.

—¿Y qué tal es? —preguntó Pablo sentándose a su lado en la alfombra.

—Humm, interesante.

Sin poder esperar a que su amiga se explicara mejor, se lo arrancó de las manos y se puso a hojearlo. Chloe le miró exasperada, pero él ni siquiera se dio cuenta concentrado en lo que estaba leyendo.

—Es buenísimo. Déjamelos, quiero leerlo.

—Tendrás que esperar a que lo termine. Y a lo mejor

si te vas y me dejas en paz lo hago rapidito y todo.

—Ni lo sueñes. Hazme un sitio que me quedo contigo —pidió con autoridad.

—No soporto que lean por encima de mi hombro —se quejó. Adiós tranquilidad.

—Me lo debes. Por ti he arriesgado mi hermosa cara esta mañana. ¡Qué pronto se te olvidan mis sacrificios! —murmuró con teatralidad..

Chloe conociendo la vena dramática de su amigo aceptó rápidamente. No fuera que le diera por alargar la conversación cuando lo que ella quería era seguir con la lectura.

Dos horas después, Dafne atravesó el salón de camino a la cocina y se quedó paralizada ante la estampa que se encontró: tirados de cualquier manera en la alfombra, su hermana y su mejor amigo compartían un libro.

—¡Dios! Por vuestra cara de culpabilidad deduzco que estáis planeando mi asesinato. ¿Qué es, El príncipe de Maquiavelo?—les preguntó riendo.

—No seas engreída, tu asesinato no nos alteraría tanto. Y el príncipe no nos pondría tan cardíacos, qué quieres que te diga, nosotros somos republicanos. Y puestos a elegir preferimos a los empresarios —explicó Pablo sin levantar la vista del libro.

—Bueno es saberlo. Por cierto, mañana nos vamos a Londres, no hagáis planes para las próximas dos semanas.

Capítulo 12

Dos semanas después de la breve despedida que había compartido con Diego antes de marcharse a su apresurado viaje, volvía a toparse con él en el rellano.

La sonrisa de él fue inmediata.

—¿Ya has regresado? ¿Qué tal por Londres? — preguntó inclinándose para besarla suavemente en los labios.

—Maravilloso, como siempre. ¿Qué tal por aquí?

—Aburrido, como siempre.

Dafne sonrió, qué guapo que estaba y cuánto había echado de menos verlo.

El lunes siguiente a su cita, se plantó en su casa con la maleta en la puerta, para contarle que tenía que viajar por trabajo, y desaparecer tres minutos después. Tiempo más que suficiente para que Diego la besara de un modo que hizo que se tambaleara sobre sus piernas durante horas, y que el recuerdo no se hubiese borrado desde entonces.

La verdad era que se había pasado los días pensando en él, ni siquiera había pestañeado cuando se topó con Daniel Stapleford, el colega británico con el que siempre acababa en la cama cada vez que se encontraban. Daniel era como

todos los hombres con los que siempre se había relacionado, totalmente inapropiado. Y no solo porque era un hombre atractivo y mujeriego, sino porque además se vanagloriaba por ello. A sus cuarenta y cinco años confesados, Sir Daniel Stapleford, título con el que fue investido por la propia reina Isabel, todavía coleccionaba muescas en su revólver o en este caso en la cabecera de su cama. Las mujeres eran el hobby que más tiempo le había durado. De hecho, era el único que conservaba desde la adolescencia.

Las palabras de Diego, le hicieron regresar a la realidad de golpe.

—Cena conmigo el sábado. Te prometo que te llevaré a un sitio más bonito que la tasca Casa Iñaki —dijo sin apartar la mirada de sus ojos.

—Mejor prométeme que llegaremos al restaurante y acepto.

—Acabas de romperme el corazón —se quejó risueño. Encontrarse de nuevo con ella tras dos semanas sin verla le había alegrado el día y lo que quedaba de semana, no quiso analizar la sensación, mejor en otro momento, ahora quería expresar al máximo lo que era volver a tenerla cerca.

—Entonces permíteme que te lo arregle —pidió coqueta y se lanzó a sus brazos buscando su boca con ansia. Diego bajó la cabeza para recibirla, ni siquiera poniéndose

de puntillas habría conseguido acercarse más allá de su pecho.

Diego gruñó en la boca femenina, Dafne era deliciosa y su cuerpo menudo y firme se adaptaba al suyo con una facilidad que le volvía loco de deseo. Sintió cómo sus pequeñas manos tiraban de su cabello acercando más sus bocas. En un arresto de osadía que le arrancó un gemido de sorpresa, Dafne alzó una pierna y la envolvió en su cadera, consiguiendo que su mente dejara de trabajar correctamente. Tan solo un letrero de neón con la palabra peligro, se encendía y se apagaba en su adormilado sentido común.

—¿Está mejor tu corazón? —ronroneó Dafne cuando el beso terminó.

—A decir verdad, lo has empeorado, mira —dijo tomando su mano y acercándola a su pecho para que sintiera sus latidos acelerados.

—Pobrecito. Parece que la medicina que le he administrado no ha sido la adecuada.

—Todo lo contrario, cariño. El problema es que no le has dado la dosis necesaria.

—Pues me temo que va a tener que esperar hasta el sábado para recibirla. Tengo demasiadas cosas que hacer.

—¡Qué cruel eres con un pobre enfermo! —se quejó guasón.

—Cruel no, ocupada. Pero dile a tu corazón que

prometo compensarle por la espera. Tantas veces como sea necesario hasta que consiga que me perdone.

Diego abrió los ojos desmesuradamente fingiendo sentirse escandalizado.

—¿Sabes? Estoy seguro de que aceptará tu oferta sin dudar.

—Eso pensaba yo también.

Y tras decirlo le guiñó un ojo mientras riendo le lanzaba un beso con la mano.



Dafne se deslizaba con tanta elegancia que era impensable que se tratara de la misma mujer que instantes antes había estado a punto de romperse la crisma al ver a la modelo a la que tenía que realizarle el book.

Gracias a su querida hermana, que la había utilizado como moneda de cambio en su divorcio, ahora tenía que perder su valioso tiempo fotografiando a una aspirante a modelo con menos gracia que una escoba y que, para más señas, era la sobrina del que próximamente sería su ex cuñado.

—No podía decirle que no —se quejó Chloe cuando ella le había recriminado.

—¿Y por qué no? Si puede saberse.

—Me dio pena.

—¿Qué?! Te engañó en la luna de miel, ¿estás loca?
—estalló Dafne.

—Dijo que así compensaría a su madre, que quiere que su nieta haga carrera de modelo —aclaró Chloe—. Que era la mejor manera de que no se metiera por medio a intentar arreglar nuestro matrimonio.

—Tú eres tonta. Te ha vendido la moto y ni te has dado cuenta.

—No es eso. Simplemente es que así será todo más fácil. En unas semanas volveré a ser libre y ahora mismo eso es lo único que deseo. Para ayudarme solo te pido que hagas lo que más te gusta en el mundo, hacer fotografías. Por favor, hermanita, di que sí —rogó con cara afligida.

—Al final resulta que la tonta soy yo —murmuró Dafne para sí misma—. Está bien, lo haré. Pero ya puedes compensarme con kilos y kilos de cupcakes.

—Los que quieras, Daf. Tus deseos son órdenes para mí.

El suspiro hastiado de Pablo la trajo de nuevo a la realidad. Su amigo no es que fuera una persona precisamente paciente o comprensiva con la estupidez, y Arantxa, la aspirante a modelo, no era ningún diamante en bruto. En todo caso el bruto sin el diamante. La pobre era incapaz de moverse con gracia o de sonreír provocativa a la

cámara.

Dafne sonrió para sí al ver los esfuerzos que hacía Pablo para no salir corriendo del estudio.

—¿Podrías explicarme por qué estás tú de tan buen humor? —dijo alzando la voz para que se le escuchara por encima de la música de Rihanna y su «We found love», que animaba la sesión fotográfica.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque esta chica es tan arrítmica que ni siquiera es capaz de moverse con gracia cuando suena esa pedazo de diva que es Rihanna.

—La pobre no tiene la culpa —la defendió Chloe—. Ya sabes que nadie en la familia de Ángel se mueve bien —explicó.

—A ver si lo entiendo. ¿Dices que nadie de la familia de tu marido sabe moverse? —repitió Pablo asombrado.

—Casi ex marido. Gracias a Dafne. Pero sí, no tienen mucho ritmo.

—Entonces, ¿cómo narices han conseguido ser tantos? De verdad que no lo entiendo, si no tiene gracia no se hace. Hacerlo por hacerlo no tiene ni pies ni cabeza.

—¡Pero qué bruto eres! —le regañó Chloe—. Además yo que sé si eso lo hacen bien o mal. Me refería al baile.

—Vamos a ver, bonita, para que quede claro. El que no sabe mover las caderas solo, difícilmente sabrá hacerlo acompañado. Lo mejor es buscarse una pareja que baile

bien, lo sé por experiencia.

—Tiene sentido —concedió Chloe.

—Todo lo que digo siempre tiene sentido. Me ofende que parezcas sorprendida.

—En realidad estaba recordando cómo bailaba David en mi boda, y quizás siga tu consejo —comentó fingiendo inocencia.

Pablo se envaró inmediatamente tal y como había esperado su amiga.

—Ni se te ocurra acercarte a él, es mío y además no eres su tipo.

—Eso es lo que tú crees, que el otro día... Ups —se tapó la boca como si hubiera hablado más de la cuenta, le guiñó un ojo a su hermana, y se marchó sin volver a mirar a su amigo.

—¡Espera, Chloe! —la llamó yendo tras ella—, ¿qué has querido decir?

Dafne no pudo aguantar más la risa, estalló mientras volvía a mirar por la lente de su cámara y pensaba que estaba rodeada de tontos, la primera ella misma.

Capítulo 13

Pablo abrió los ojos exageradamente, y sin ningún tipo de disimulo giró sobre sus pasos y volvió a pasar frente al vehículo que estaba estacionado al lado del hipermercado que había frente a la casa de su amiga Dafne. Una vez que comprobó que no se había equivocado en su primer vistazo, se inclinó hacia la ventanilla del conductor y llamó suavemente.

Escuchó el ronroneo del motor del coche y acto seguido, el zumbido de la ventanilla al bajar.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó con naturalidad.

—Hola, Pablo.

—¿Eras Andrés, verdad? Soy un desastre con los nombres.

—Sí —el pobre chico estaba tan desconcertado por la reacción de Pablo que no podía hilvanar más de dos palabras.

—Espérame un instante, Andrés, ya vengo que tú y yo tenemos que hablar.

Y dicho esto se dio la vuelta y se encaminó hasta el Starbucks más cercano, donde se hizo con un Caffè Americano, un Caramel macchiato y dos Muffins. Iba a ser

su primera vigilancia y pensaba hacerlo como en las películas.

Al verlo llegar tan cargado, Andrés le abrió la puerta del copiloto para que entrara.

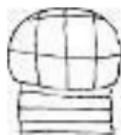
—Toma, Andrés. Este Caffè Americano es para ti que tienes cara de necesitar un café aguado. Lo siento, pero de momento la cafeína está vetada para ti.

—Gracias, Pablo —aceptó sonriendo. Sin duda el amigo de Chloe era todo un personaje, pensó. Ni siquiera se había alterado al verle vigilar la casa de sus amigas...

—No me des las gracias por el café, hombre. Guárdatelas para lo que te voy a contar ahora que es mucho más interesante. Al fin y al cabo te he traído un café aguachirri.

—En realidad te daba las gracias por no pegarme un puñetazo y denunciarme por acosador —dijo Andrés antes de darle un sorbo a su café.

—¡Cada vez me gustas más, Andrés! De hecho, esta noche cenarás con nosotros, pero ahora calla y escucha lo que tienes que hacer.



Dos horas después Pablo y Chloe devoraban las últimas páginas que les quedaban del libro que habían

comprado a medias el mismo miércoles en que regresaron de Londres. Desde que descubrieron el género habían devorado juntos casi todo lo que se había publicado hasta el momento, y elucubraban sobre qué iba a pasar con las sagas en las que había que esperara que se publicara el siguiente.

—Esta noche quiero dar una cena en casa, hay algo que me gustaría celebrar y no me preguntes por qué, no pienso decir nada —comentó tras cerrar el libro.

—¿Nada de nada?

—No, y no me tientes que te conozco.

—Vale, seré buena —aceptó Chloe.

—Buena no, tienes que ser buenísima porque necesito que cocines tú.

—Desde luego. ¿Ya has pensado en el menú? ¿Cuántas personas seremos? —preguntó con profesionalidad.

—Seremos seis. Y respecto al menú, elegido lo que se dice elegido, no exactamente. Lo único que quiero es que sea afrodisíaco —y tras soltar semejante noticia se dio la vuelta y se encaminó al despacho a seguir con su agenda del día.

Cinco minutos después reaparecía con Dafne siguiéndole con cara de encontrarse muy, muy mal.

—Cariño, al final seremos ocho y no seis —dijo con el aire dramático que tanto le gustaba.

—¿Por qué, quién se ha apuntado a última hora?

—Tu madre, viene de camino. ¿A que es genial?

Las dos hermanas le lanzaron la misma mirada fulminante.

—¿Cómo se ha enterado de lo del divorcio? Yo no se lo he dicho y vosotros tampoco, ¿verdad?

Los dos negaron con la cabeza.

—¡Dios! Ahora me acusará de escondérselo. Y yo solo quería que pasara un poquito más de tiempo para que no se pusiera histérica.

—Pues prepárate porque se ha mostrado muy comedida por teléfono —explicó Dafne. Que su madre se comportara de forma normal solo podía significar una cosa, que la tormenta estaba a punto de estallar.

—Bueno, miradlo por el lado bueno, no se quedará en esta casa los días que esté en Madrid.

—¿Y eso por qué? —pregunto Chloe extrañada.

—Tiene un nuevo novio, viene con él —respondió su hermana.

—Pablo vas a tener que suspender tu cena. Soy incapaz de cocinar nada comestible ahora mismo.

—De eso nada monada. Tómate un valium o lo que sea necesario, pero la cena tiene que ser un éxito rotundo —exigió girando sobre sus talones y abandonando el lugar minado.

Todo el estrés que habían sufrido las hermanas Llorenç había quedado suspendido para otro momento. Candela Alfaro, antigua señora Llorenç había llamado para

avisar a sus hijas y a Pablo, de que no iba a asistir a la cena que daba este último.

Después de las casi cuatro horas que duraba el viaje desde Valencia a Madrid, ella y su acompañante habían considerado más acertado quedarse en el hotel y cenar allí mismo cualquier cosa ligera. Si bien Dafne se mostró consternada —por teléfono— porque su madre no acudiera a la cena, por dentro estaba bailando el «Oppa Gangnam Style».

Al menos de momento estaban a salvo de los comentarios mordaces de su madre. Dafne estaba convencida de que iba a culparla a ella del divorcio de su hermana, como si la culpa de su total animadversión por el matrimonio no fuese la consecuencia directa de haber sido educada por una mujer que acababa casi todos sus discursos, fueran del tema que fueran, con la muletilla: «la culpa la tiene tu padre por abandonarnos». Por otro lado, con los antecedentes de su madre, Dafne no estaba muy segura de si era buena idea que conociera el motivo real del divorcio de su hermana. Por consecuencia las dos hermanas terminarían callando y aguantando el chaparrón que Candela hubiera preparado.

Dafne cuadró los hombros y abrió su armario, ya se preocuparía después de cómo hacerle frente a su madre, de momento tenía otras cosas en qué pensar, como por ejemplo, ¿qué se traía entre manos Pablo para organizar una

cena tan repentina? ¿Y quiénes eran los dos invitados misteriosos cuyos nombres no había querido desvelar? Una idea comenzó a rondar en su mente. No... Pablo era su mejor amigo. No se atrevería.

Capítulo 14

Dafne entró en casa de Pablo sola, su hermana hacía horas que se había marchado para terminar de preparar la cena. Había adelantado en su propia casa los entrantes que se servían fríos, pero el cordero tenía que prepararlo en casa de Pablo para que estuviera en su punto. La noticia de que su madre no iba a aparecer esa noche, había calmado un poco los ánimos de todos los implicados. Incluso el anfitrión parecía más tranquilo y mucho menos mordaz que de costumbre, cuando Dafne finalmente colgó y le informó de la buena nueva: que su madre declinaba amablemente la invitación.

David le abrió la puerta con su perfecta sonrisa y los ojos brillantes por alguna emoción que ella no supo descifrar.

—Ya estamos todos —anunció inclinándose sobre su amiga para besarle las mejillas.

—Soy la más tardona.

—Para nada, has llegado puntual. Es que Pablo les hizo venir antes, para que... ayudaran a poner la mesa —dijo improvisando una respuesta.

—Claro, y tenía miedo que yo rompiera alguna copa si

le ofrecía mi ayuda —bromeó ella.

—No sabría decirte, aunque es muy posible que fuera por eso por lo que eres la última en llegar. Ya sabes lo mucho que adora Pablo el cristal de Bohemia —le siguió la broma.

Riendo entraron en el salón, tal y como le había comentado David, la mesa estaba perfectamente dispuesta y los invitados charlaban animadamente entre ellos. Dafne se fijó en que su hermana estaba hablando con un chico moreno elegantemente vestido con unos pantalones chinos y una camiseta negra que se ajustaba a sus bronceados bíceps. Sin proponérselo su mirada se paseó por sus anchos hombros, sus musculosos brazos y la firmeza de su trasero...

La voz de Pablo la obligó a dejar de mirar, con bastante reticencia, dicho fuera de paso, se giró para saludar a su amigo.

—Ya estamos todos —anunció este mirándola.

Los presentes se giraron hacia su anfitrión, entre ellos el chico que estaba hablando con Chloe clavó sus ojos dorados en ella. Dafne se atragantó con su propia saliva, algo que le sucedía cada vez que se ponía nerviosa. Un segundo después David le ponía en la mano una copa de vino blanco. Agradeció entre toses y bebió un sorbo. El líquido calmó la molestia de su garganta. No obstante, no hizo lo propio con su inquietud.

Estaba a punto de dejar la copa en la mesa y sacarle los ojos a Pablo por entrometido, invitar a Diego y a Andrés era su forma de obligarla a mover ficha con él, cuando su amigo decidió salvar el pellejo haciendo un anuncio que los dejó a todos con la boca abierta.

Diego, en una maniobra propia de Aníbal, se colocó a su lado y tomó con delicadeza su mano. Dafne sintió una oleada de placer en cada terminación nerviosa.

—Ahora que ya estamos todos os diré que la razón por la que os hemos invitado a cenar esta noche en casa es para anunciaros que David y yo nos casamos.

—¡Enhorabuena! —felicitaron Diego y Andrés casi al unísono. Acercándose con una sonrisa para estrecharles la mano y abrazarles. Apenas les conocían de unos días, pero era imposible estar media hora con Pablo y no terminar adorándole.

Las chicas, en cambio, seguían sin emitir ni una palabra. Razón por la que Pablo continuó con la segunda parte de su discurso.

—David y yo nos casamos y hemos decidido que vosotras seáis nuestras madrinas —anunció con la voz más grave de lo normal.

El suspiro ahogado de Chloe rompió el silencio que se había instalado en el salón a la espera de que Dafne y Chloe por fin se pronunciaran.

—Si lloras retiro la oferta —amenazó Pablo que a

duras penas podía contener la emoción.

—Vale, no lloraré —aceptó Chloe.

Dafne por su parte seguía con la boca entreabierta, desconcertada y feliz por su amigo, debatiéndose entre sus fosilizados prejuicios sobre el matrimonio y el amor que sentía por su fiel compañero de andaduras.

Desde luego Pablo sabía cómo calmar su ira, eso tenía que reconocérselo, pensó intentando calmar sus nervios. Una idea acudió a su mente y la hizo sonreír con pillería:

—Seré tu madrina, solo si no me pides que te haga un reportaje fotográfico de la boda —le dijo emocionada.

—No estoy tan loco como para pedirte eso —dijo corriendo a abrazarla.

—Te quiero, Pablito.

—Lo sé. Y tú sabes que te adoro.

—Sí.

El llanto emocionado de Chloe les hizo girarse a los dos.

—Ven aquí, tontita. A ti también te queremos mucho. Sobre todo cuando nos haces esos cupcakes que tanto nos gustan.

Los tres se abrazaron entre el llanto y la risa.

La cena transcurrió mientras los planes de boda de Pablo y David y los deliciosos platos que Chloe había preparado para la ocasión, se convertían en los temas de conversación.

Dafne se levantó, en contra de su costumbre de transportar objetos delicados, para encontrarse con Pablo en la cocina y acribillarle a preguntas, ¿cuándo había decidido casarse? Y, ¿por qué? Ninguna de las respuestas soñadoras de su amigo la satisfizo lo suficiente como para convencerla de que el matrimonio era una buena opción.

Únicamente la cocinera y Pablo sabían que el menú era de alto riesgo. El cordero estaba sazonado con hierbas que eran consideradas estimulantes del apetito sexual y el postre, cuyo ingrediente principal era la canela, además de estar exquisito, cumplía con el mismo objetivo.

Dafne se olvidó de los planes de asesinato que había urdido para su amigo en cuanto Diego se acercó a ella y la besó con dulzura. La parte racional que la ponía en alerta dejaba de funcionar cuando Diego la tocaba.

El repentino viaje a Londres había tenido una única finalidad, la de poner espacio entre ella y lo que estaba comenzando a sentir por él, un hombre que no era como todos los demás con los que se había relacionado anteriormente, no era un mujeriego redomado ni un gandul que vivía de las rentas, era un hombre interesante que podía terminar de minar sus defensas si se lo proponía.

Diego por su parte, había centrado toda su atención en la comida, intentando apartar de sus sentidos el embriagador perfume que emanaba del cuerpo femenino que tanto ansiaba y que tan bien conocía. Estaba lo

suficiente versado en mujeres como para comprender que si presionaba a Dafne, esta saldría huyendo de él, algo que no estaba dispuesto a permitir. La fotografía le gustaba, era cierto que al comienzo se había resistido a aceptar lo mucho que le atraía, pero las cosas habían cambiado. Se había pasado las dos semanas que estuvo fuera sin poder apartarla de su mente, preguntándose a cada minuto qué estaría haciendo, con quién... No estaba dispuesto a pasar por eso nunca más, cuando volviera a viajar por trabajo, quería tener derecho a llamarla por teléfono, a preguntarle cómo le iba. En definitiva a formar parte de su vida.

De algún modo el temor de ella había conseguido disipar el suyo propio. No había planeado enamorarse, de hecho era lo último que hubiese querido que pasara. No obstante, había sucedido y ahora solo le quedaba afrontarlo y luchar para que ella aceptara lo que sentía por él. Lo que le había demostrado la última vez que estuvieron juntos, antes de su viaje a Londres, cuando le permitió entrar en su vida e incluso confió en él, quedándose toda la noche tal y como le había pedido.

Como buen estratega que era, había trazado un plan para llevarla a su terreno y que Dafne pudiera ir, poco a poco, liberándose de sus reticencias a las relaciones. Y si para conseguirlo tenía que hacerle el amor cada mañana, ¡qué narices! Estaba más que dispuesto a hacer semejante sacrificio.

—¿Por qué no te quedas conmigo esta noche? Mañana no trabajo —pidió Diego sin dejar de mirarla. Ajeno a la atención que su conversación suscitaba en los demás comensales.

—¿Toda la noche? —Dafne bajó los ojos a su plato para que Diego no viera el deseo que la embargaba.

—Ya sabes lo eficiente que soy por las mañanas. Lo más placentero sería que te quedaras...

—Es verdad, así es imposible negarse —aceptó levantando la mirada y clavándola en los ojos dorados que prometían tanto.

Diego se quedó pasmado por la eficacia de sus palabras. Sin duda Dafne era la mujer más compleja e interesante con la que se había topado jamás.



Cuando todos se hubieron marchado, cada una de sus chicas acompañada por un hombre apuesto y protector, Pablo se sintió encantado con el resultado de su cena, los invitados habían disfrutado, y él había conseguido lo que buscaba, compartir su felicidad con sus amigas, y darles el empujoncito que necesitaban para encontrar la suya propia.

Sonrió y se dejó caer sobre el hombro de su chico.

—Pareces muy satisfecho de ti mismo —murmuró

David.

—Lo estoy. Pero podría estarlo más...

—¿De verdad?

—Sí —susurró lanzándose a devorar los gruesos labios de él.

Pablo sintió la lengua invasora en su boca, abriéndose paso y conquistando cada recodo de ella. Movidito por el deseo que le embargaba llevó las manos a la nuca de David y tirando sin miramientos de su cabello lo atrajo más a él, desesperado por fundir piel con piel. Bebió el gemido que escapó de los labios de David, y que le inflamó, todavía más la sangre.

Era consciente de que por fin había terminado su búsqueda. Ya había encontrado aquello que le había mantenido despierto muchas noches, la persona que, más allá del sexo que tuviera, consiguiera hacerle sentir completo.



Chloe tenía los nervios a flor de piel, Andrés era demasiado caballeroso para lo que en esos instantes necesitaba. Habían estado tomando una copa en uno de los locales de moda de la ciudad y ni siquiera le había rozado el brazo. Si bien se mostraba atento a lo que ella decía, no lo

estaba tanto a las señales luminosas que le enviaba, diciendo «¡estoy disponible, me gustas! ¡Bésame!»

Como último recurso se recostó sobre él fingiendo que entre la música no escuchaba lo que estaba diciendo. Notó el momento exacto en que Andrés se puso alerta. Todos sus músculos se tensaron, confusa por su reacción se apartó de él como si quemara.

—Será mejor volver a casa —pidió desanimada—, mañana tengo que hornear y, por tanto, madrugar.

—Claro.

El viaje de regreso lo hicieron en silencio, cada uno perdido en sus propias cavilaciones. Andrés aparcó en la puerta de su casa y se dispuso a bajar con ella.

—No hace falta que me acompañes.

—Claro que hace falta —dijo Andrés zanjando la cuestión.

Chloe ni siquiera le miró, la vergüenza teñía sus mejillas, ¿cómo podía haberse equivocado tanto con él? Había estado segura de que le gustaba.

Se dio la vuelta para despedirle frente al ascensor, era poco probable que insistiera en acompañarla hasta la misma puerta, cuando se encontró chocando contra el fuerte pectoral masculino. Andrés alargó los brazos para que no se cayera y de repente se vio rodeada de puro músculo.

Olvidándose de sus buenos propósitos, Andrés agachó la cabeza y cubrió la boca de Chloe con la suya. Una

punzada de culpabilidad arremetió con fuerza en su pecho, él no engañaba, más bien era el engañado. Se había propuesto esperar por Chloe hasta que fuera una mujer debidamente libre, pero era imposible estar con ella sin que sus dedos dolieran por el ansia de tocarla.

Consciente de que lo que hacía era incorrecto, profundizó más el beso y enredó sus dedos en el corto cabello femenino. Ya puestos a ir al infierno, iba a saborearlo a placer.

Capítulo 15

Dafne esperaba sentada en el salón de Diego a que este regresara con la copa de vino que le había ofrecido. Se sentía extrañamente nerviosa, por lo que se levantó a estirar las piernas y comenzó a pasear por el piso. La estancia estaba recogida y limpia, los libros en su lugar, la televisión de plasma impoluta, sin una mota de polvo que osara posarse sobre ella, no había nada que despertara su curiosidad. Sin atreverse a entrar en ninguna habitación sin permiso, se encaminó hacia el recibidor y se quedó parada frente al enorme espejo de cuerpo entero que lo presidía, ¿cómo no lo había visto antes? El marco era de un dorado viejo, ricamente labrado con cuatro rosetones en cada uno de sus vértices, incluso el espejo estaba picado en algunas zonas, dando buena cuenta del paso del tiempo.

Se miró evaluando su aspecto, cabello desordenado por las manos de Diego al besarla en el ascensor, vestido arrugado y pies descalzos... «Tampoco es que dé una imagen sexy o atrayente» se dijo mientras sus manos intentaban alisar la maraña de rizos que era su cabello.

Como si le hubiera leído la mente, Diego apareció de repente tras ella para decirle lo preciosa que estaba.

—¿Es muy antiguo? —preguntó intentando desviar la conversación de sí misma.

—Era de mi bisabuela. El pobre tiene unos cuantos años. Pero a mi abuela le encantaba y cuando murió no quise deshacerme de él.

—Es muy bonito —susurró

—No tanto como tú —insistió Diego dejando las dos copas sobre el mueble de la entrada.

—¿Crees que Chloe habrá llegado bien a casa? —preguntó de nuevo, demasiado nerviosa por lo que estaba a punto de pasar.

—Por supuesto, Dafne. Andrés la llevará a casa después de tomar una copa. No te preocupes por nada. Solo relájate.

—De acuerdo.

Antes de poder añadir nada más sintió y vio, a través del espejo, las manos de Diego deslizarse con cuidado por sus hombros, masajeándolos con movimientos suaves que eran más una caricia que una presión. Clavó la mirada en el reflejo de él mientras sentía su cuerpo acercarse a su espalda. Sus grandes manos abandonaron los hombros y buscaron las costillas, su boca se entretuvo mordisqueando su cuello, el lóbulo de su oreja. El cálido aliento erizó su sensible piel... No obstante, Dafne no apartó la mirada del espejo que tenía delante, fascinada, sin perder detalle de la dulce seducción a la que estaba siendo objeto.

Desesperada por sus hábiles caricias, presionó su trasero sobre las piernas de él, su espalda se pegó a su rígida longitud. Diego gruñó, pero no dejó de mordisquear su oreja. En cambio sus manos sí que fueron más allá de sus costillas, con un movimiento rápido la despojó del tanga sin quitarle nada más, y volvió a darle la vuelta para que quedara de nuevo frente al espejo.

—Eres preciosa —murmuró con la voz entrecortada.

Sus manos bajaron suavemente por su estómago, a través de la suave tela del vestido, y se perdieron entre los pliegues mojados del sexo femenino.

Dafne se estremeció por el contacto, cerrando los ojos para absorber mejor el placer.

—Abre los ojos, preciosa. Quiero que nos veas —pidió Diego.

La escena que tenía delante era tan erótica y las caricias tan profundas que sintió que sus rodillas no iban a poder sujetarla más. Se tambaleó sobre ellas un segundo, para instantes después, estar subida a horcajadas en los brazos de Diego que la aprisionaba contra la pared opuesta al espejo, de manera que podía seguir viendo por encima de los hombros de él.

—Tienes el tamaño perfecto para mí. Sujétate bien —dijo Diego desabrochándose a toda velocidad los pantalones—. Contigo siempre voy con prisa, nunca puedo permitirme saborearte a placer.

Su boca acalló las protestas de Dafne, eso no era cierto, puede que la primera vez fuera precipitada, pero era igual de placentera, y sin ninguna duda, Diego se tomaba la revancha en las siguientes. Su mente dejó de discurrir cuando sintió la embestida de Diego al unirse por completo dentro de ella, notó la pared fría sobre su espalda y fue entonces cuando se dio cuenta de que ya no llevaba el vestido, la mano izquierda de Diego voló hasta su pecho mientras con la derecha la sujetaba por la cadera. El espejo le mostraba la visión desnuda de él, el modo en que los músculos de su espléndido trasero se contraían cada vez que se hundía en su cuerpo, más y más profundamente.

Los envites se hicieron cada vez más rápidos, más hambrientos... La explosión fue casi inmediata y tan fuerte, que los dejó a los dos derrotados y casi sin fuerzas para seguir en pie. Diego se recobró primero, sin salir del cuerpo de Dafne se encaminó hasta su dormitorio.

—Primer asalto, mi amor. Vamos a por el segundo.

Dafne fue incapaz de decir nada coherente.

—Humm.



Dafne se despertó con la boca pastosa por el vino y el cansancio. Apenas acababan de dormirse. Se levantó desnuda

y descalza y se encaminó hasta la cocina en busca de un poco de agua. Al igual que el resto de la casa, estaba perfectamente recogida y limpia. Abrió la nevera para ver si Diego tenía agua fresca, no obstante un líquido rosado en la enorme jarra de la batidora llamó su atención. La sacó con cuidado y se sirvió un poquito en un vaso. El líquido regó su garganta reseca y se fundió en su paladar. Dafne gimió de placer, estaba delicioso.

Con las pilas recargadas y el regusto dulce en la boca regresó al dormitorio con una idea en mente.

A pesar de estar en septiembre y de que el frío todavía no hubiera llegado, se acurrucó al calorcito que desprendía su cuerpo y se frotó con descaro contra él. Al comprobar que el gesto no cumplía con lo que se había propuesto, despertarle, cambió de táctica y regó de húmedos besos su pecho desnudo. Estuvo a punto de chillar eufórica cuando él se removió, deslizó su boca con suavidad por sus pequeños pezones, bajó hasta su estómago, siguió bajando por su ombligo, sus caderas, para finalmente seducir con sus labios, sus dientes y su lengua, el duro sexo de Diego, a cada segundo más despabilado.

El gemido ahogado de él le certificó lo que ya sabía, que estaba dispuesto y receptivo a sus caricias, «despertar así todos los días quizás no sea tan malo después de todo», pensó Dafne. Sería algo a lo que podría acostumbrarse.



El sonido del móvil alertó a Dafne cuando todavía no se había dormido tras el encuentro mañanero. Diego roncaba suavemente a su lado. Se puso lo primero que encontró, la camiseta oscura que había llevado Diego la noche anterior y se levantó en su búsqueda. ¿Por qué narices no habían cerrado la puerta? Si al menos hubiera estado entornada no se habría despertado y podría estar recuperando fuerzas que buena falta que le hacía.

Su bolso estaba encima del sofá. Hurgó en él para dar con el iPhone y se quedó parada cuando vio el rostro de su madre ocupar toda la pantalla. Descolgó temerosa de su reacción:

—Buenos días, mamá.

—Hola, Daf. ¿Dónde estás? Tu hermana dice que no estás en casa. Es demasiado pronto para trabajar y además es sábado... —comentó preocupada.

—No, mamá. No estoy trabajando ¿Para eso me llamas?

—No, te llamo porque hemos quedado a comer. Necesito hablar con tu hermana y contigo. Nos vemos a las dos, habla con Chloe y ella te dará la dirección.

—De acuerdo, mamá. Hasta luego.

—Cariño, si no estás trabajando, ¿dónde estás?

—Estoy con alguien, mamá.

—¿Un chico? ¿De verdad, cariño? —Dafne no supo si debía molestarle o no la incredulidad de su madre.

—Sí, mamá. Y además me gusta mucho.

—Eso es maravilloso, hija. Y quiero que sepas que me alegro de que no estés trabajando —apostilló Candela antes de colgar.

¡Genial! Al final no había durado tanto la tregua que les había ofrecido su madre. Dejó el iPhone sobre el sofá sin molestarse en meterlo de nuevo en su sitio y se dirigió hasta la cama de Diego, el sitio en el que realmente quería estar. Pero entonces su cabeza comenzó a funcionar frenética. Le acababa de decir a su madre que estaba con un hombre, y lo peor de todo es que se sentía bien por haberlo hecho. ¿Qué le estaba pasando? Ella no era de esas chicas, se había pasado toda su vida evitando cualquier tipo de compromiso, no quería ver su vida destrozada como lo había estado la de su madre desde que su padre las dejó. Y ahora allí estaba, suspirando por un hombre realmente increíble que sabía hacerla vibrar de mil formas distintas. ¡Y se lo había dicho a su madre! La comida iba a ser cuanto menos movidita después de su ataque de sinceridad o mejor dicho, de temeridad.

Como un vendaval regresó al dormitorio.

—Estás preciosa con mi camiseta —la saludó Diego.

—Tengo que irme.

—¿Qué sucede?

—Mi madre me está esperando. Además yo...

—¿Qué es lo que te pasa realmente, Daf? Sabes que puedes contármelo —dijo con dulzura.

—Esto va muy rápido para mí. Yo no quiero nada serio, ya te lo dije.

Explicó sin mirarle mientras terminaba de ponerse las sandalias. Una parte de ella realmente pensaba lo que estaba diciendo. La otra se debatía entre quedarse o salir huyendo.

—Como quieras. No quiero presionarte.

—Lo sé, y eres perfecto por eso —confesó acercándose a darle un beso antes de irse a toda prisa.

Diego volvió a tumbarse en su cama con una enorme sonrisa de satisfacción. Todo estaba yendo bien, había vuelto a conseguir que se quedara toda la noche y a pesar de lo asustada que estaba, le había besado antes de irse para despedirse de él.

Capítulo 16

Dafne se removió incómoda en su asiento mientras esperaba a que llegara su madre. Su hermana no parecía mucho más tranquila que ella, a ninguna de las dos se les había escapado la extraña elección del restaurante en el que iban a comer. Candela les había citado en un local en el que se servía comida orgánica, es decir, comida criada o cultivada de forma natural, sin aditivos químicos ni sustancias de origen sintético. ¿Dónde había quedado la madre sibarita que ellas recordaban?

En lugar de encontrar respuestas, la aparición de Candela suscitó nuevas preguntas en sus hijas. Desde la boda de Chloe, la última vez en que las tres habían estado juntas, su madre había adelgazado unos quince kilos, calculó Dafne a ojo, y se había cambiado el tono del pelo, del mismo color del de sus hijas, tiñéndoselo de caoba. Candela se acercó hasta su mesa con una sonrisa de felicidad que ninguna de las Llorenç recordaba haber visto nunca en su madre.

—Buenas tardes, hijas.

Las dos se levantaron para besarla.

—Mamá, estás guapísima —dijo Chloe.

—Sí, mamá. Estás muy guapa —corroboró Dafne.

—Muchas gracias por los piropos, pero vamos a pedir que estoy hambrienta —se quejó Candela.

—¿Dónde has dejado a tu novio, mamá? ¿Por qué no ha venido contigo? —preguntó Dafne intentando distraerla del motivo de su visita, echarle la bronca a Chloe por abandonar a su esposo en plena luna de miel, y culparla a ella por el mismo motivo.

—No ha venido porque tengo que hablar con vosotras de unos asuntos delicados y lo mejor es que lo hagamos a solas.

—Mamá, no podía seguir casada con él... —lloriqueó Chloe.

—Después, cariño. Ahora tengo que comer algo o caeré desfallecida.

Las dos hermanas se miraron estupefactas, ¿quién era esa mujer razonable y cariñosa que tenían delante? Y lo más importante, ¿qué había hecho con su madre?

La comida en Bio era exquisita, se decidieron por una ración de durmientes del bosque, que no era otra cosa que deliciosas croquetas de vegetales, goulash vegetariano de setas de temporada y como plato principal, ravioli de pera y queso de oveja al aroma de tomillo para las hermanas y albóndigas de atún rojo en «Caponata» siciliana de verduras para Candela.

La tensión se disipó en cuanto llegó la comida,

ninguna de las mujeres se acordó del motivo del encuentro, los sabores explotaban en su boca y embargaban cada uno de sus sentidos, vista, olfato, gusto... Regaron el menú con un sorbete de limón que las volvió habladoras y sinceras.

—No he venido aquí para recriminarte que te estés divorciando, Chloe —explicó Candela.

—¿No, mamá?

—No, la razón por la que estoy aquí es para hablar de mí. Comprendo que Ángel no era para ti, quizás te casaste con él presionada por mí, y lo siento mucho, pero...

—No, mamá. Me casé con él porque creía que era otra persona diferente a la que en realidad es. No ha sido culpa tuya.

—Y a ti —dijo mirando a Dafne—, te debo tantas disculpas. A causa de mi resentimiento te he predispuesto contra el matrimonio y las relaciones. Y ahora yo... Me he dado cuenta de lo equivocada que he estado. Lo único que tienes que hacer para ser feliz, Daf, es encontrar al hombre perfecto para ti.

—¡Ves! —exclamó Chloe. Eso era lo que ella había predicado siempre y ahora, por fin, su madre se daba cuenta de que ella tenía razón.

—Ahora viene lo más difícil —suspiró Candela—, hijas, voy a casarme. He encontrado a un hombre bueno que me quiere con mis defectos y mis virtudes y quiero ser feliz a su lado.

—¡Enhorabuena, mamá! —estalló la hija pequeña que seguía creyendo en el matrimonio a pesar del desastre que había sido el suyo.

Las dos se volvieron a mirar a Dafne que no había dicho nada.

—Enhorabuena.

—¿De verdad te alegras, hija? —preguntó temerosa.

—Sí, mamá. Claro que me alegro.

—¿Quién es tu prometido mamá? ¿A qué se dedica? Cuéntanoslo todo —pidió Chloe. Pero Dafne ya no escuchó nada más. Se limitó a sonreír mientras su madre y su hermana hablaban entre ellas optimistas y felices por el nuevo enlace.

En su cabeza solo tenía una imagen, la cara de Diego cuando le había dicho esa mañana que no quería nada serio y que necesitaba pensar. ¿Habría echado a perder todo lo que tenían por un miedo racional que su progenitora le había inculcado y que por lo visto ella ya había superado?



Dafne se escondió en su despacho en cuanto llegó a casa. Estaba rodeada de bodas, primero Pablo y ahora su madre...

No había mentido a ninguno de los dos cuando les dio la enhorabuena, realmente se alegraba por ellos y era ahí exactamente dónde residían sus dudas, ¿había estado siempre equivocada al huir del compromiso?

El sonido de unos pasos por el pasillo la sacó de su ensimismamiento.

La cara preocupada de Pablo asomó por el despacho.

—¿Qué haces aquí?

—Chloe me ha llamado para contarme lo de tu madre. Ha pensado que a lo mejor hablarías conmigo. Está preocupada —no hacía falta que añadiera que él también lo estaba, su cara le delataba.

—Mi hermana es una exagerada. Estoy bien. ¿Por qué no estás tú celebrando el amor con David?

—David va a estar esperándome cuando llegue a casa. Tengo toda la vida para estar con él, y tú me necesitas más ahora mismo.

—Eso es cierto, solo la primera parte, y me alegro mucho por los dos. Pero con mi madre es distinto... Ella...

—Ella se ha pasado la vida hablando pestes del matrimonio y de los hombres en general y tú la creíste porque era tu madre. Y ahora te sientes engañada porque ella ha decidido cambiar de opinión y a ti te cuesta tanto hacerlo que te asusta.

—Sí, más o menos. Has hecho un resumen bastante acertado de cómo me siento.

—Soy tu mejor amigo. Te conozco.

—Eso también es verdad.

—¿Qué te preocupa realmente?

—Diego me gusta. Me gusta mucho.

—Bueno, eso también lo sabía.

—Bueno, lo que no sabes es que he metido la pata con él. Le he vuelto a decir que no quiero nada serio. No sé cómo se lo habrá tomado.

—A ese hombre le importas. Estoy seguro de que será paciente contigo —dijo Pablo que tenía una facilidad pasmosa para calar a la personas.

—¿Y si no sale bien? —cuestionó por primera vez en voz alta.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas. No tienes que hacer nada, ni siquiera pensarlo, solamente déjate llevar por lo que sientes, estoy seguro que de que él comprende a la perfección el motivo por el que te fuiste esta mañana. Además lo que tenga que ser será.

—Esa es una actitud muy zen.

—Yo creo que es más bien una actitud inteligente, pero si prefieres zen... —se burló Pablo.

—Gracias por venir.

—Siempre. Aunque si te soy sincero, no he venido solo por ti, también he venido por los cupcakes de tu hermana.

Dafne aceptó la broma riendo. Entonces Pablo se

levantó de la silla en la que se había sentado al entrar y tiró de ella para que hiciera lo mismo.

—Vamos a celebrar lo rematadamente listos que somos, Chloe ha horneado una nueva tanda que huele deliciosamente.

—Chloe siempre hornea cuando está preocupada o feliz, es su válvula de escape —explicó Dafne.

—Pues vamos a tener que hacerla feliz a menudo, sobre todo porque después vamos a tener que hacer mucho ejercicio para mantener la línea.

—¿Crees que Andrés estaría dispuesto a echarnos una mano con eso?

—Si te refieres a la línea, yo ya tengo a David.

—No seas bruto. Me refiero a Chloe.

—¿Bromeas? Estaría encantado de ser útil.

Capítulo 17

Nuevamente, Andrés se había empeñado en acompañarla a casa y al igual que las veces anteriores Chloe sospechaba que sus intenciones no iban más allá de asegurarse de que llegaba bien. Maldijo para sí, ¿por qué narices era tan perfecto? Tras el beso que compartieron días atrás, en el que había quedado más que clara su mutua atracción, se había mostrado distante, como si se sintiera culpable de haberlo hecho.

Se había enterado por boca de Diego, a quien le había prometido guardar silencio, que Andrés había sufrido la traición de la que iba a ser su mujer y Chloe, comprensiva y cada vez más convencida de que él era el príncipe que siempre había buscado, había decidido armarse de paciencia y aceptar el ritmo que él marcaba, pero tener paciencia no era lo mismo que dejar de sentir...

En cuanto pararon frente a su casa, Chloe intentó evitarse el mal rato de subir con él en el ascensor, aspirando el delicioso aroma de su after shave, para después verle marchar sin poder dar rienda suelta a sus deseos de besarle hasta perder la sensibilidad de los labios.

—No hace falta que me acompañes hasta arriba —

dijo.

Y sin darle opción a protestar, llevó la mano a la manecilla de la puerta, ansiosa por escapar de allí. Su mano se quedó a medio camino, con una rapidez pasmosa se encontró entre los brazos de Andrés que pretendía algo más que impedirle abandonar el vehículo.

Su boca acalló cualquier pregunta, aunque Chloe, inteligente, no fuera a preguntar nada.

Minutos después, que para Chloe fueron los más intensos que podía recordar, Andrés por fin habló:

—Esto es como ponerle los cuernos a tu marido, ¿no crees? —preguntó haciendo infructuosos esfuerzos por apartar las manos del cuerpo femenino.

—Técnicamente... Lo es. Todavía estamos casados —explicó ella con un estremecimiento provocado por la mano que sujetaba su nuca.

—Bueno, tampoco sería tan grave, él también te lo hizo a ti... ¿no? —esperó a que ella respondiera con cierta ansiedad en la mirada.

—Sí, tienes razón —corroboró ella—, estoy segura de que no cuenta.

—En ese caso... —y sin dar más argumentos volvió a besarla. Esta vez sin reprimirse, poniendo en el beso todo el anhelo que había sentido desde la primera vez que la vio con las esposas en la mano y esa sonrisa indómita y a la vez dulce, que tanto le atraía.



Tras la deserción de su madre y la conversación que había mantenido con Pablo días atrás, Dafne estaba cada vez más confusa respecto a lo que debía hacer con su vida. Su relación con Diego había cambiado, sus sentimientos por él aumentaban día tras día y su cabeza bullía entre tantas contradicciones.

Por un lado estaban sus recelos y por el otro sus ganas de dejarse llevar por lo que sentía, por la felicidad que le embargaba cuando estaba cerca de Diego.

Diego se había mostrado paciente y comprensivo, cuando llamó esa misma noche a su puerta la recibió con una sonrisa y los brazos abiertos. No hizo falta que se disculpara. Las excusas no eran necesarias entre ellos, se comprendían mejor de lo que jamás hubiese esperado de alguien que no fueran Chloe y Pablo.

—El quince de este mes van a hacerle un homenaje a mi abuela en El Círculo de Bellas Artes y me gustaría que me acompañaras —le comentó una de esas noches en que cenaban en casa de él.

Diego había preparado carne asada y un batido especial con diversas frutas, para después habían planeado ver una película y acostarse pronto, ya que trabajaba al día

siguiente a primera hora.

—Si hago eso parecería que vamos en serio —respondió Dafne intentando no atragantarse.

Hablar mientras comía le resultaba mucho más complicado que al resto de las personas.

—Bueno, nuestra relación ha cambiado en ese punto.

—¿Qué quieres decir?

—Te has quedado a dormir las últimas cinco noches que hemos quedado. Yo creo que eso ya es ir en serio —bromeó Diego tanteando el terreno.

—Pero yo me he quedado porque tú... porque por las mañanas... porque tú...

—¿De verdad te has quedado por eso?

—Bueno, no solo por eso. También lo he hecho porque quería...

—¿Estar conmigo? —le ayudó él, apiadándose al ver lo mucho que le costaba sincerarse.

—Sí.

—Dafne, eres como una chispa que enciende mi vida. Si fuera artificiero te diría que eres la mecha —dijo riendo—. Antes de conocerte no estaba interesado en tener nada serio con nadie. Pero ahora lo único en lo que puedo pensar es en que quiero tenerte cerca de mí cada mañana y no, no pienses mal, aunque también sea en parte por esa razón —añadió volviendo a reír—, la principal es porque te quiero.

—Creo que yo también te quiero —confesó por fin.

Diego se aguantó las ganas de levantarse, cogerla en brazos y llevarla al dormitorio para que se diera cuenta de lo mucho que le quería y le necesitaba, tanto como él la quería y la necesitaba.

—¿Crees? —preguntó entre divertido y eufórico.

—No puedo estar segura, no tengo nada con lo que compararlo. Eres el primer hombre del que me enamoro.

—Menudo honor.

—Aún así... No quiero casarme.

—Bueno eso ya lo discutiremos más adelante. De momento me conformo con que vivas conmigo.

—¡Estás loco! Ya tengo mi casa. Estamos muy cerca, podría...

—Tu casa es además tu despacho. No tienes porque dejarla, pero necesito que te quedes conmigo, todas y cada una de las noches de tu vida.

—Pero...

—Haremos un trato, si no te complazco de todas las formas posibles, estarás en todo tu derecho a marcharte y dejarme solo, pero si te complazco...

—No entiendo por qué eres un simple policía. Deberías ser negociador. Se te da de maravilla —no era necesario decir nada más, con esas palabras acaba de aceptar la propuesta.

—Eso quiere decir que aceptas. ¿Te quedas conmigo?

—quiso asegurarse Diego, que todavía no se creía que hubiese resultado tan sencillo convencerla.

—Me quedo contigo, esta noche y todas las demás.

EDICIONES KIWI, 2013

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

© 2013 Olga Salar

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: Istockphoto

Table of Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

Table of Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)